

EL CONCEPTO DE POBREZA EN EL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO

Augusto De Venanzi

Profesor de la Escuela de Sociología, UCV

RESUMEN

La tesis central del trabajo es que el enfoque sociológico del problema de la pobreza ha perdido mucha complejidad desde los años ochenta en América Latina. Dicho enfoque ha abandonado en buena parte, su naturaleza estructural, convirtiéndose en un acercamiento de carácter eminentemente cuantitativo y economicista. Sostenemos que el estudio de la pobreza se ha convertido en una auténtica especialidad, la cual dispone de una amplia batería de conceptos y métodos que buscan, en lo esencial, medir a través de diversas estrategias la calidad de vida de poblaciones vulnerables. Creemos que este desplazamiento dificulta la captación de las causas de fondo de la pobreza y de sus complejas formas de manifestación. El artículo propone estudiar la pobreza dentro del contexto de la estructura social.

Palabras Claves: pobreza, clase, infracase, masa, estructura social.

Introducción

Nuestra tesis es que los modelos mediante los cuales la sociología latinoamericana de los años ochenta y noventa viene aproximándose al tema de la pobreza y las políticas destinadas a combatirla, son marcadamente frágiles y que, por esa razón, las posibilidades de comprender estos temas, de determinar sus causas y captar sus complejas manifestaciones, se hace cada vez más difícil.

Este debilitamiento analítico se manifiesta, en su forma más aguda, en la adopción por parte de la sociología de una óptica claramente economicista de la pobreza, que la entiende, progresivamente, en términos de relaciones de magnitudes cuantitativas; más específicamente: como la relación entre la determinación de conjuntos de necesidades básicas y los niveles de ingresos requeridos para satisfacerlos. Ello ha traído una consecuencia peculiar y es que, en la misma medida en que los investigadores se acercan minuciosamente al problema de la pobreza, —cuyo tratamiento se convierte en una especialización—, como un fenómeno que puede ser rigurosamente delimitado, observado y medido, se alejan proporcionalmente de las posibilidades reales de actuar con eficacia para remediarla.

En este ensayo nos ocuparemos de revisar la forma cómo ha sido enfocada la pobreza y las políticas sociales, en varios períodos del desarrollo del pensamiento sociológico, desde los clásicos hasta sus manifestaciones más recientes. Veremos que, cuando el pensamiento sociológico se ha ocupado de la pobreza, lo ha hecho evidenciando una preocupación expresa por las causas de fondo o

causas estructurales, que la provocan. Su perspectiva ha sido siempre de largo alcance, incluso en América Latina,¹ y ha estado acompañada de un esfuerzo por precisar los contextos más amplios de los cuales ella forma parte. Ello se debe a que, en la tradición clásica predominó el estudio de los problemas sociológicos por encima de los problemas sociales, entre los que se cuentan la pobreza, la insalubridad, la falta de servicios públicos y otros.² En efecto, las obras de Marx, Durkheim y Weber están saturadas de una inquietud por comprender los complejos procesos políticos, económicos y sociales que transformaron las sociedades tradicionales de occidente en sociedades modernas, caracterizadas por la gran industria y la urbanización, y los retos que estos cambios significaron para la institucionalización y la cohesión social. Hoy, sin embargo, el estudio de la pobreza ha seguido un camino menos analítico, orientado en gran parte por las directrices de organismos multilaterales interesados en combatir las manifestaciones más agudas de la pobreza producida por los ajustes destinados a alcanzar los llamados equilibrios macroeconómicos.

Vale la pena señalar que fue poca la consideración que los sociólogos clásicos acordaron a la pobreza, si ésta es entendida como calidad de vida. En efecto, el camino que la sociología del siglo XIX escogió para acercarse a dicho tema fue aquel de teorizar acerca de los sistemas de diferenciación social (clases, estratos, castas, y otros) y de la desigualdad y sus respectivas raíces, sin prestar demasiada atención a las condiciones específicas de vida que afectaban a los miembros de determinados grupos. Por supuesto que existen excepciones a esta norma, como lo atestigua el caso de los estudios sobre la clase obrera de F. Engels (1976), pero este interés jugó un papel secundario dentro de la vasta obra teórica del marxismo. Podría decirse incluso, que en la producción clásica fue robusto el interés por describir las costumbres y tradiciones de las clases y grupos dominantes en la sociedad, tal como se pone de manifiesto en las investigaciones de Weber sobre la situación de los junkers, los burgueses, los industriales y los funcionarios del Servicio Civil, en la Alemania de fines del siglo XIX (Weber, 1975) y en la *Teoría de la clase ociosa* de T. Veblen, donde se enfocan los hábitos de vida y consumo de los "nuevos ricos" en la sociedad norteamericana (Riesman, 1964). Es de observar, a propósito del punto sobre la descripción de los estilos de vida, que la sociología clásica contó para realizarla con el concepto weberiano de "clase estamental". Este fue propuesto por Weber para diferenciar la situación de clase determinada económicamente, de aquella determinada por una específica estimación social, positiva o negativa del honor. La convicción del autor era que las acciones colectivas de las clases

¹ El lugar que ocupa el tema de la pobreza en el pensamiento sociológico latinoamericano, especialmente en Venezuela, es objeto de un trabajo que realizamos actualmente.

² Esta separación se mantuvo vigente e incluso se vio reforzada en épocas posteriores. L. Coser apunta que los sociólogos de la década de los años 40 del presente siglo, solían autodefinirse como teóricos o aplicados y actuaban en concordancia.

sociales en Alemania, no podían entenderse sólo en términos económicos; había que analizar también las ideas derivadas de la subcultura de cada grupo que intervenía en la evaluación de sus intereses materiales (Bendix, 1979).

Esta relativa falta de tratamiento expreso del tema de la pobreza en la tradición clásica resulta curiosa pues dicha tradición nace en la misma época en que muchas ciudades europeas se congestionaban de gentes que parecían condenadas a vivir en la miseria y cuya segregación creó los sórdidos barrios que sirvieron de fondo para las novelas sociales de C. Dickens. Cabe agregar que, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, una buena parte de la política gubernamental inglesa concernió la puesta en práctica de medidas destinadas a mejorar la situación de vida de las clases populares.³ Estas políticas, promovidas en su mayoría por gobiernos liberales, asumieron una gran variedad de formas: desde la regulación del comercio internacional hasta la legislación directa en materia educativa, laboral y de salud pública, pasando por el interés en mejorar la administración de la Ley de Pobres. La implementación de estas políticas encontró mucha resistencia en el Parlamento, fue objeto de caldeados debates públicos ventilados en los medios escritos y requirió de un gran esfuerzo administrativo-financiero para su ejecución.

L. Broom (1960) ha señalado, con respecto al énfasis puesto en el estudio de la diferenciación social y las fuentes de la desigualdad que ha sido muy fuerte en la sociología, que éste se debió casi siempre al interés por determinar la adecuación de los modelos teóricos formulados para comprenderla y la conexión de éstos con los valores culturales. Ello habría determinado que dentro de la evolución de la disciplina, especialmente a partir de 1940 se haya dicho poco acerca de las posibilidades reales de trascender las injusticias inherentes a los diversos sistemas de jerarquía social.⁴

1. La pobreza en el pensamiento sociológico clásico

El acercamiento al tema de la pobreza en la tradición sociológica clásica, cuando éste efectivamente apareció, sobrepasa en mucho a aquel propio de los modernos estudios sobre calidad de vida, en los que —a nuestro juicio— escasea el análisis y sobra la descripción y la cuantificación. En efecto, el acercamiento al tema por parte de los fundadores de la sociología, como lo hemos apuntado, se caracterizó por una visión de largo alcance y muy especialmente, por ubicar el problema de la pobreza y de las políticas destinadas a combatirla dentro del contexto de procesos sociopolíticos muy amplios, de gran trascendencia para la sociedad en su conjunto.

³ Un exposición sobre la historia del Partido Liberal inglés, su composición social y sus políticas reformistas en Vincent.J (1972) *The Formation of the British Liberal Party* . Penguin. London.

⁴ Por el contrario mucho se ha dicho sobre su funcionalidad. (Broom, 1966; Barber, 1964).

Comte, por ejemplo, expresó una intensa preocupación por construir una sociedad fundada sobre los pilares de la ciencia, en oposición a la tradición, y para ello estimó necesario educar a los proletarios en las doctrinas positivistas de modo que su acción estuviese dirigida por un lado al crucial objetivo de aumentar la productividad del sistema industrial, y por el otro a aceptar un orden objetivamente construido que garantizara la existencia de un marco moral compartido y un espíritu de cohesión necesarios para el progreso social.

En su *Discurso sobre el Espíritu Positivo*, (1958) Comte sostiene que la esencia misma de la idea del progreso y el fin de todo auténtico conocimiento es el mejoramiento del ser humano. Este mejoramiento vendría determinado por la socialización en valores fundamentales como la valoración de la inteligencia que es la unidad de la ciencia y la sociabilidad que se logra con la formación del individuo para el orden, la moral y la estimación del espíritu colectivo por encima del espíritu individual. Para lograr la realización de estos valores, se hacía necesario implantar un sistema de "enseñanza popular superior" impartida por el Estado, destinado a los proletarios para que ellos aprendieran esta moral basada en la ciencia que otorga prioridad, a la vida colectiva ordenada, pero también a las artes y oficios y todas aquellas profesiones y actividades que sirven para garantizar el avance del progreso. El aporte de la ciencia social era, precisamente, el de formular un sistema propiamente industrial para lo cual se requería, entre otras tareas, modificar las representaciones colectivas de raíz teológica y metafísica, por representaciones positivas fundadas en la práctica, la prueba y la experiencia.

El orden moral que tanto ansiaba Comte, sería posible en razón de que, en su criterio, los intereses de la industria eran comunes a todas las clases sociales e incluso a todas las naciones, y empujaba a vincularlos. Aquí revela Comte una inusual prédica liberal que hace del trabajo, la producción y la libertad de intercambio los ejes cruciales para la convergencia general en la sociedad. Este nuevo orden o *consensus gentium*, concluye Comte, sería obedecido sin recurrir a la coerción pues los hombres se someterían voluntariamente al sistema industrial porque este estaría basado en la verdad.

A diferencia de Saint-Simon quien trató de difundir las ideas positivas entre los grupos propietarios, Comte dirigió su esfuerzo pedagógico hacia las clases que llama proletarias. Pensaba que, en virtud de la naturaleza de su actividad cotidiana, esta clase estaba en ventaja para captar las nuevas enseñanzas. Los trabajadores, decía, actúan directamente sobre la naturaleza, efectúan operaciones simples que están orientadas hacia fines determinados y experimentan condiciones más imperiosas. Esto aseguraba una mejor disposición y una más viva simpatía por una renovación filosófica basada en lo concreto y orientada hacia la resolución de la condición social y humana.

Por su lado, Herbert Spencer dirigió su atención hacia las políticas de alivio a la miseria que los gobiernos liberales pusieron en práctica en Inglaterra durante la fase final de la revolución industrial. En *El hombre contra el Estado* (1953) Spencer rehuye la descripción minuciosa de las carencias poblacionales, que es la tendencia actual en el estudio de la pobreza, y se interroga sobre el tipo de estructura social que se tiende a crear con la progresiva aprobación de leyes y reglamentos destinados a mejorar la suerte de los jornaleros, los artesanos y los pobres. Con esto en mente, pasa revista a varias décadas de legislación social y concluye que la misma destruye la riqueza a través de los impuestos (lo que es un beneficio gratuito no es tal realmente, dice) y restringe la libertad individual. Señala, además, que los nuevos liberales⁵ se mostraron muy dispuestos a aceptar que, mientras la nueva legislación tuviese una buena finalidad, el Estado estaba en libertad de ejercer toda la coacción de que fuese capaz sobre los individuos, olvidando que la libertad se mide no por la naturaleza del mecanismo gubernamental bajo el cual se vive, sea o no representativo, sino por la relativa escasez de restricciones que se le impongan. Con esto apuntaba Spencer contra los gobiernos liberales de la época, en especial el de Gladstone, pero también directamente contra J. S. Mill, quien en el año de la publicación de *Sobre la libertad* (1859), se retiró de los negocios para dedicarse por entero a la reforma social. La traición a que se refiere Spencer era clara en este caso, pues el libro de Mill denunciaba las nuevas formas de amenaza a la libertad que surgían con el peso de las mayorías y el creciente poder de la opinión pública. Mill propugnó, además, la incompatibilidad final de los dos postulados más importantes de la revolución francesa: libertad e igualdad y destinó las últimas páginas de su libro a fustigar la intervención estatal incluso en materia filantrópica, porque a su juicio la beneficencia "empequeñece a los hombres", volviéndolos dóciles instrumentos del poder (Mill, 1954 y 1955).

Las políticas sociales, sostuvo Spencer, crecen de manera exponencial, pues al no conseguir los efectos que buscan, requieren de otras nuevas que las corrijan. La Ley de Pobres habría favorecido el hábito de la imprevisión y "multiplicado el número de imprevisores", tendencia que se habría reforzado bajo la falsa noción de que el gobierno debe intervenir en todo aquello que no funciona bien y de que la miseria, que es resultado de defectos en la naturaleza humana y por ende no debe idealizarse,⁶ puede ser remediada mediante una nueva ordenación.

⁵ Se refiere a aquellos miembros del partido liberal que a su juicio traicionaron los principios rectores del liberalismo con su propensión obsesiva a promover legislación social y controles estatales.

⁶ Dice Spencer textualmente: "La afinidad de la piedad con el amor se manifiesta, entre otras cosas, en que idealiza su objeto. La simpatía hacia el hombre que sufre impide que, por el momento, se recuerden sus faltas. El sentimiento se expresa en la frase: ¡ pobre hombre!, al ver a un hombre en desgracia, excluye el pensamiento de mal hombre que en otro momento se nos podría ocurrir. Entonces como es natural, si

Spencer anota que la expansión de la legislación social va robusteciendo la creencia en su propia necesidad y una exigencia de mayor intervención. Los pobres se vuelven dependientes del Estado, pues cada nueva aplicación de fondos públicos a su favor les hace concebir esperanzas de recibir otros posteriores. Los ciudadanos en general creen que todo ha de lograrse mediante la acción del Gobierno y no mediante la acción privada de la gente. La demagogia sería consecuencia política de las intervenciones, pues éstas se ofrecen en grado creciente para captar el voto de los electores, y aun quienes ven este proceso con franca preocupación, apunta Spencer, se abstienen de expresar su opinión pues estiman que es inútil razonar con electores "en tal estado de intoxicación política".

También observa Spencer que en su país, la prensa contribuía incansablemente a difundir expectativas intervencionistas entre la población como medio de mejorar la sociedad. Y lo hacía en razón de que los periódicos simplemente recogen el sentir general del promedio de la gente, que está ganada de buena fe para la causa de la regulación. A su vez señala, que el sistema educativo de la época estaba impregnado de las doctrinas antiliberales y que, sin proponérselo de manera consciente, estaría inculcando en los ciudadanos una disposición natural hacia la intervención.

Finalmente, Spencer se refiere al crecimiento del aparato administrativo que veía crecer como consecuencia de la injerencia del Estado en la sociedad. A su juicio, ésta habría caído bajo el control de una burocracia abultada, central y convencida de las bondades de sus numerosas acciones. Una burocracia difícil de vencer, según Spencer, pues su desarrollo se ve favorecido desde arriba por la aspiración de los caballeros a ubicar sus hijos en cargos modestos, pero seguros y, desde abajo, por el pueblo que clama incesantemente por nuevas y mejores subvenciones.

En todo el curso de *El hombre contra el Estado*, aprovecha Spencer cuantas ocasiones se le presentan para embestir en contra de quienes glorifican al pobre y creen que su condición habrá de mejorar con más y mejor legislación. Su oposición a estas ideas llega a tales extremos que, en ocasiones entra en contradicción con los principios de su sociología evolutiva que apunta hacia un perfeccionamiento progresivo de la condición humana y el triunfo final de la justicia, cuyo mantenimiento es el único fin del Estado (Fletcher, 1972).

Durkheim heredó la tradición positivista, y sistematizó su pensamiento. Al igual que ocurrió con Saint-Simon y Comte, la cuestión del advenimiento de la sociedad moderna y su relación con los valores morales jugó un papel determi-

los desgraciados son desconocidos... se pasan por alto todos sus deméritos; así ocurre que cuando, como hoy, se pintan las miserias del pobre, se piensa en un pobre virtuoso, en lugar de pensarse, como en gran medida debía ser, como pertenecientes a un pobre culpable." (1953, 45)

nante en su obra. En su criterio, la creciente división del trabajo traía aparejada una forma más alta de solidaridad social, que llama orgánica, alejándose así de la posición marxista según la cual ésta es fuente principal de conflictos de clase. La posibilidad que ofrece el estudio de la división del trabajo como fuente de pobreza, no es explorada a fondo por Durkheim (1969). Este prefirió indagar la vertiente relativa a la complejidad que introduce dicha división y la generación de anomia, que recorrer el camino de la "división forzada del trabajo" que le hubiese llevado a enfocar su atención en los sistemas de estratificación social y las relaciones de poder político y económico.

El problema para Durkheim es, entonces, como lo anota Gouldner (1967), alcanzar el rearmamento moral de la sociedad para permitirle una vida ordenada y no la reconstrucción económica. La posición de fondo en Durkheim es que, la sociedad moderna se caracteriza justamente por la división del trabajo y la aplicación de técnicas racionales a la producción, y los hombres deben aprender a vivir bajo esas condiciones. Asimismo, plantea que la desigualdad inherente a la división del trabajo genera en un primer momento conflictos, y no solidaridad (que es su función normal), porque los individuos no están distribuidos en dicha división de acuerdo a su capacidades reales. Con respecto a esto dice, que la sociedad ideal es aquella donde las desigualdades sociales expresan de manera exacta las desigualdades naturales. También sostiene que los conflictos de clase se enraízan en el hecho de que las nuevas normas morales apropiadas para regir en condiciones de alta división del trabajo, es decir aquellas que logren efectivamente moderar el egoísmo y propiciar el autocontrol, no se han desarrollado. Propone como solución al conflicto, la creación de corporaciones ocupacionales que medien entre el Estado y el individuo.

Esta confusión en los valores, producto de cambios en la estructura económica es, según Durkheim, la responsable de la alta tasa de suicidios que afectaban la Francia de su época. Agrega que los hombres tienen necesidades que van más allá de las exigencias vitales y que éstas son ilimitadas en la medida en que dependen sólo del individuo, y le causan sentimientos de malestar e insaciabilidad que pueden acabar en enfermedad. Es en este contexto, donde Durkheim encuentra pertinente referirse a la pobreza, mas no como una condición enteramente desdeñable, sino como una protección contra el incremento de los suicidios que son muy comunes entre quienes disfrutaban repentinamente la prosperidad material.

Puede parecer heterodoxo, y en cierta forma lo es, tratar en forma conjunta a dos pensadores tan contrastantes como Marx y Weber. No obstante, para los fines de este ensayo el tratamiento vale, pues estos precursores de la sociología compartieron un supuesto esencial y es, que la sociedad, lejos de representar un todo social unitario que puede articularse armónicamente sobre valores científicos, se estructura a partir de grupos bien diferenciados que defienden intereses propios. En efecto, sobre la base de las obras de Marx y Weber se ha construido prácticamente toda la teorización moderna respecto de la estructura

social (Blau, 1976), ofreciendo vertientes que siguen, bien el criterio de clase social económicamente determinada como en Marx, o el de estratos formados como producto de la concurrencia de factores económicos (mercado) políticos (poder), y sociales (estatus), como lo estipulaba Weber.

Para estos dos precursores, la desigualdad es un fenómeno relacional, es decir: la posición de una clase o un estrato no puede ser comprendida plenamente sin analizar las relaciones que sostiene con todas las demás. Marx llevó este tipo de análisis hasta sus últimas consecuencias. Categorías como plusvalía, relaciones de producción y conceptos como alienación remiten siempre a un intercambio material y/o simbólico, de gran complejidad estructural. Incluso, cuando Marx habla del comunismo no se está refiriendo esencialmente a una sociedad donde la propiedad pública asegura una distribución equitativa o racional de bienes materiales esenciales; su interés concierne la creación de una sociedad humana donde las potencialidades creadoras del hombre puedan ser completamente satisfechas. También ofreció Marx un penetrante análisis del efecto que tendría sobre la sociedad la creciente producción de bienes materiales que es inherente a la dinámica del capitalismo industrial, que apunta hacia el concepto de pobreza relativa desarrollado posteriormente en la sociología del siglo XX.

La obra de Marx abunda en descripciones de las condiciones infrahumanas que debieron soportar los trabajadores (incluyendo mujeres y niños) del temprano capitalismo industrial, pero es Engels quien ofrece un estudio completo sobre la situación que sufre la clase obrera inglesa a mediados del siglo XIX. En *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1976), el autor ofrece una descripción detallada de dicha situación conjugando el impacto que tuvo sobre los trabajadores la concentración urbana con las condiciones laborales prevaletentes en diversas ramas de la industria y los oficios. El estudio aborda también la organización de los movimientos obreros.

Por su parte Weber sostuvo, que la sociedad no es algo puro por esencia, sino que está formada por toda clase de relaciones, cambios y conflictos que proceden de las diversas orientaciones de la actividad humana. En función de ello analiza la formación y papel histórico de diversos tipos de grupos como los religiosos, los políticos y los económicos. Estos grupos compiten por asegurar las "oportunidades" que se abren en el mercado y suelen usar para ello la fuerza y hasta la violencia. Sostuvo, además, como presunción fundamental de la actividad social, que es relativa al comportamiento ajeno, lo cual demuestra muy bien en su abordaje del estilo de vida de los burgueses y el papel que la imitación de los patrones culturales aristocráticos jugaron en ella, y en la relación de sujeción de los braceros a los junqueros (Bendix, 1979). Weber (1964) se acerca a la división del trabajo en la sociedad moderna, desde el punto de vista de los imperativos técnicos y racionales que determinaron su desarrollo. Aborda las consecuencias sociales de dicha división, apuntando a la forma en que las ventajas económicas derivadas de diversas funciones de la división del

trabajo, son apropiadas. Es de observar que, la relación entre estructura social (formada por los sistemas de ocupación, de clase social y especialmente por el sistema de clase estamental o estatus) y la división del trabajo, no es expresamente tratada por Weber. No obstante, al definir el concepto de clase social (como función de situación de mercado), Weber propone un modelo de jerarquización que comienza con las clases "positivamente dispuestas hacia la propiedad", donde agrupa a quienes viven esencialmente de los derechos que nacen de esa propiedad. Luego presenta a las clases medias, grupo muy heterogéneo formado por individuos que poseen una calificación técnica o profesional y viven de su explotación económica, por los gerentes e incluso por los proletarios. Por último se refiere a las clases "negativamente dispuestas hacia la propiedad", donde incluye los "deudores," los "proscritos" y los "pobres". Desafortunadamente, el análisis weberiano de la estructura social quedó inconcluso,⁷ pero queda clara la anotada tendencia de la sociología clásica a presentar el problema de la pobreza como uno propio de la estructura social, y a no verlo como un problema o fenómeno aislado.

Weber estima que la provisión estatal de servicios sociales es uno de los elementos que más contribuye a fortalecer la maquinaria burocrática de la sociedad moderna bajo dominación racional. Dicha maquinaria, dice, tiende a actuar en la "sombra", y al margen de toda publicidad y del control de la opinión pública, a lo cual contribuye el hecho de que los funcionarios consideran, en tanto especialistas, que son más aptos para resolver los problemas políticos que los profanos. Al mismo tiempo, la burocratización habría actuado sobre la cultura de la sociedad al volverse ésta enemiga de la iniciativa individual y la innovación.

Nuestro escrutinio acerca del tratamiento que recibió el problema de la pobreza y la desigualdad en la tradición clásica, continúa en la próxima sección pasando revista a las bases sobre las cuales hubo de formarse la sociología política, que es de particular interés para nosotros por el peculiar enfoque que trae de quienes se hallan en posición desventajosa en la sociedad.

2. Las "masas" en la sociología política clásica

El enfoque que hace la sociología política clásica de la desigualdad simplifica los modelos de clase y estratificación social derivados de Marx y Weber, reduciéndolos a modelos construidos en referencia a dos categorías fundamentales de individuos: aquéllos que tienen y disfrutan del poder y quienes sufren sus consecuencias. En efecto, las obras de G. Mosca, V. Pareto, R. Michels y otros de sus contemporáneos, grandemente influidos por Dante y Maquiavelo, (Burham, 1953) se proponen fundamentar una ciencia de la política en el estudio

⁷ T.Parsons se refiere a este inconveniente en la Introducción a la citada obra de Weber (1964) .

de los mecanismos que componen y descomponen el poder en la sociedad. Su aproximación a la acción social y por ende a la sociología, parte de una concepción del hombre como animal político (en oposición a la concepción del hombre como animal económico) descubriendo las fuerzas internas y externas que lo colocan en posiciones de dominio o sujeción.

La obra de Mosca es emblemática de toda esta vertiente de pensamiento. Concieme a la denominada "clase gobernante" que es universal y analiza los procesos de su formación, su composición social, su carácter, las raíces de su fuerza y las causas de su decadencia. Es poco lo que dice con respecto a la "clase gobernada", porque al igual que Weber y Vleben, su interés recae en los grupos que gozan de los principales privilegios en la sociedad. Con respecto a quienes no ascienden en la "escala social", sólo dice que son dominados por grupos minoritarios o élites bien organizadas que esgrimen una "fórmula política" (derecho divino, voluntad del pueblo, mito racial, norma democrática, y otras) que legitima su poder. De una manera más particular, Mosca postula que el método más adecuado para comprender una nación e incluso adelantar ciertas hipótesis sobre lo que habrá de ocurrir en ella, es a través del estudio de su clase gobernante.

En Pareto (1960), se repite la anotada propensión a tomar como objeto de estudio los grupos o élites gobernantes. De ellas se interesa en poner al descubierto los mecanismos de su ascenso, consolidación y decadencia. Se refiere por contraste a la "no élite" cuya posición sería inmutable. Su teoría del equilibrio social en las sociedades modernas, postula que éste se logra mediante una combinación de una élite en la que predominan los "residuos" de la Clase I. (El instinto para las combinaciones) con una "masa" donde predominan los residuos de la Clase II (Persistencias de Grupo). No hay en la obra de Pareto, propuestas orientadas a mejorar la sociedad, ni las condiciones de vida de quienes quedan sujetos al dominio de las élites, sólo vemos en él un interés por describir la formación y circulación de los grupos políticamente dominantes.

El concepto de masa, con el cual los sociólogos políticos de comienzos del siglo XX se refieren a las clases o grupos que sufren la dominación, no encontró en sus obras una definición muy precisa; ésta habría de llegar cuando José Ortega y Gasset la expone en *La Rebelión de las masas*.⁸ Tratado como un signo de la decadencia de la civilización occidental, el hombre-masa —que integraría hoy casi totalmente la Humanidad—, es todo aquel que no se valora a sí mismo, sino que siente "como todo el mundo" y, sin embargo, no se angustia, hallándose satisfecho al sentirse igual a los demás. Este tipo de hombre, no se exigiría nada especial, no haría esfuerzos por ser mejor de lo que es y va contra

⁸ Dice el autor que el origen del hombre masa puede encontrarse en las filosofías del siglo XVIII, cuando ciertas minorías proponen que todo ser humano, por el hecho de nacer y sin necesidad de cualificación especial alguna, poseen ciertos derechos políticos fundamentales, que se llamaron derechos del hombre y del ciudadano.

todo lo diferente, lo individual, calificado y selecto. Lo que más preocupa al autor es que el alma del vulgo se sabe plenamente vulgar, pero tiene el denuedo de afirmar el derecho a la vulgaridad, imponiéndolo por doquier.

Como se observa en los párrafos anteriores, la característica esencial de la condición de la "masa" no es su pobreza material, sino su condición de dominada y/o su falta de carácter social. Peguy (1943) sostuvo al respecto, que existe una distinción entre la destitución y la pobreza. Dice que ambas son vecinas pero que denotan cualidades muy distintas. La destitución se refiere a la vida segregada y sin sentido, y es una condición muy difícil de vencer. La pobreza, en cambio, toca las carencias materiales que habrán de resolverse, tarde o temprano, con una distribución más equitativa de bienes.

En síntesis, el drama del hombre moderno no radica en su pobreza material, sino en su pobreza de espíritu y en su alienación.⁹

3. La pobreza en los precursores de la sociología norteamericana

Si hay alguna parcela de la tradición sociológica donde podría haberse desarrollado un interés manifiesto por el tema de la pobreza, correspondería a aquella que cristalizó en los EE.UU. a comienzos del siglo XX. No obstante, y pesar del lugar central que ocuparon los estudios de comunidades en ese país, no fue clave este tema para los precursores de la disciplina. Hay que señalar, sin embargo, que tanto en Lester Ward como en W. G. Sumner, encontramos referencias al tema de las políticas sociales, que se desprenden de la peculiar manera cómo cada uno de ellos tomó y desarrolló la teoría spenceriana de la evolución.

Ward (Fletcher, 1972) sostuvo que la "adaptación" es un mecanismo central en la evolución de las sociedades. Que esta evolución avanza de formas homogéneas de organización hacia formas complejas y muy diferenciadas, de las cuales pueden reconocerse ciertas secuencias o patrones en la historia que son susceptibles de ser estudiadas según las pautas del análisis estructural-funcional. El progreso en la evolución, sostuvo, no es providencial sino producto del control de la mente (técnicas, innovaciones, etc.) sobre un mundo físico y humano que dejado en su estado natural consume recursos y energías en forma dispendiosa e ineficiente con consecuencias negativas para el hombre. Este control ejercido por el conocimiento científico, dota a la sociedad de un gran sentido de dirección, de mecanismos de adaptación estratégica y de una economía de esfuerzos en todo aquello relativo a la organización de las funciones necesarias para la vida colectiva. La sociología se ocupa, justamente, de estudiar estos procesos de adaptación que sufren las formas naturales, es decir del proceso de institucionalización, sugiriendo, a su vez, las mejoras y reformas

⁹ Una amplia discusión de la alienación como drama central del hombre en el siglo XX, puede encontrarse en Sykes (1964).

que podrían llevarse a cabo en el proceso para lograr resultados óptimos en campos tan diversos como el militar, el judicial, el productivo y también el moral. El instrumento para emprender tales cambios consistiría en una legislación estatal que, lejos de ser arbitraria, hallaría su legitimación en los conocimientos adquiridos por la sociología sobre las funciones sociales y su relación estructural.

Ward se declara enemigo del *laissez faire*. Es partidario de la reforma consciente de las instituciones a manos del Estado para evitar el "desperdicio" que afecta el proceso evolutivo y garantizar su buen funcionamiento. Cuando Ward se refiere a política social, está pensando esencialmente en la promoción de la educación. Su ideal es una educación obligatoria y universal que garantice, tanto la transmisión de los conocimientos sobre los que se levanta el dominio del hombre sobre la naturaleza, como los fundamentos de la sociabilidad, pilares del progreso. Pero la educación tendría un tercer papel que jugar en la sociedad y es, que su difusión limaría las marcadas diferencias de clase social que observara el autor en los EE.UU., a fines de siglo XIX y comienzos del XX. En efecto, observa que la única forma de prevenir las diferencias de poder y riqueza que separan a los hombres, es distribuyendo información y conocimiento de manera equitativa entre ellos. No podemos terminar la exposición en tomo de la visión de Ward sobre la política social, sin anotar el disgusto que le causaba el trabajo social, pues en su criterio, toda la intervención debía consistir en la formación de un sistema educativo accesible a las clases populares.

Como Ward, Sumner también se vio influido por el pensamiento de Spencer, pero las conclusiones que saca de su análisis del proceso de la evolución son opuestas a toda noción de intervención del Estado en la sociedad. De hecho, Sumner (Fletcher, 1972), a diferencia de muchos de sus colegas en el mundo académico, se sentía a gusto con el capitalismo de la época y sus grandes desigualdades. Sólo le preocupaba exigir mayor libertad individual. Su obra central, *Folkways*, sigue la evolución del camino recorrido por las costumbres sociales vistas como la encarnación cada vez más eficaz y consistente de las prácticas esenciales de seres humanos movidos por cuatro fuerzas universales que son: el hambre, el instinto sexual, la vanidad y el miedo. Las costumbres y hábitos que prevalecen en la sociedad moderna serían aquellas que los hombres fueron seleccionando por "prueba, error, accidente y suerte" como las más ventajosas para la vida colectiva. Su evolución habría sido un proceso muy complejo pues éstas debieron conjugar la eficacia en su ámbito específico de acción, con la eficacia para combinarse con el resto de las costumbres que expresaban otras necesidades de la praxis social. A lo largo de la historia, las costumbres se habrían desarrollado de manera inconsciente, siguiendo su propia lógica funcional (las costumbres satisfacen necesidades, sirven a motivos poderosos, logran un balance entre pena y placer y logran ventajas prácticas): de ahí se deriva, según Sumner, su validez y, finalmente, la autoridad que ejercen sobre la sociedad.

Sumner se acerca al tema de la estructura social desde dos ópticas que arrojan consecuencias diferentes para la potencial comprensión del tema de la pobreza. Una se refiere a la existencia de sub-grupos que se perciben cada uno de ellos como el grupo interno o intragrupo (*in-group*) con relación a los grupos circundantes a los cuales ve como asociaciones externas o extragrupos (*out-groups*). Cada grupo es marcadamente etnocéntrico y desarrolla un sistema de lealtades y hábitos compartidos que explica los mecanismos primigenios de integración social. Esta concepción se transformó en lo que Merton (1980) llamó la Teoría del Grupo de Referencia y cuya aplicación en el estudio de la pobreza dio sus mejores resultados posteriormente en *Privación relativa y justicia social*, de Runciman (1966).

El segundo sistema de estratificación propuesto por Sumner, es el de clases sociales. Pero no se refiere el autor a las clases según su posición socioeconómica, sino según el rango de habilidades que las caracteriza. En un planteamiento retomado actualmente por Murray y Herrnstein (el cual trataremos más adelante), Sumner sostiene que en toda población existen individuos muy hábiles que se ubican en el tope de la estructura social (los "genios y los talentosos"), luego encontramos a personas con habilidad promedio, que forman la "masa mediocre". Por último, tenemos individuos que se ubican al final de la escala tales como los obreros poco calificados, los incapacitados (física y mentalmente) y finalmente, los delincuentes. Es de observar que, dentro de esta concepción siempre habrá un determinado grupo de individuos que por su incapacidad para asimilar y adherirse a las costumbres, se transforma en una carga para la sociedad.

También plantea que las jerarquías sociales son inevitables (han demostrado su funcionalidad en los folkways) y rinden beneficios. El argumento es que la desigualdad es el fundamento de la civilización porque ésta requiere para avanzar de una nítida división del trabajo y de funciones acordes con un grado creciente de complejidad estructural. En efecto, dice Sumner, la igualdad total sólo produciría bandas primitivas de hombres incapaces de crear una verdadera civilización. En cuanto a las reformas sociales, Sumner sostiene que éstas son contrarias al espíritu social desarrollado a lo largo del tiempo y que la sociedad contemporánea fundada en contratos en oposición a la sociedad tradicional basada en las costumbres, representa una amenaza para la estabilidad de los folkways y en consecuencia para la integración social. Vale decir que esta conceptualización de la desigualdad ha ganado mucha aceptación en la actualidad. Ella ha sido desarrollada y refinada en los años ochenta y noventa por un número creciente de científicos que sostienen que la desigualdad social es un hecho natural fundado en la genética y que como tal resulta ocioso invertir tiempo y dinero con los menos dotados intelectualmente.

Mientras tratamos el pensamiento sociológico clásico en los EE.UU., resulta importante destacar algunas contribuciones del economista histórico y antropológico T. Veblen, que resultaron de importancia en el estudio de la pobreza.

Como se había señalado en la Introducción, Veblen (Mills,1960) estudió esencialmente los hábitos de vida y consumo de los grupos económicamente poderosos que nacieron de la llamada edad del oropel,¹⁰ pero el autor también señala que el capitalismo, no obstante su propensión al desperdicio, habría mejorado las condiciones de vida de las grandes mayorías trayendo consigo un proceso de *embourgesimont* y convirtiendo la pobreza en un síndrome psico-social de naturaleza relativa. El descontento entre los individuos que viven en el capitalismo estaría enraizado, según Veblen, en su percepción de la creciente cantidad de bienes materiales poseídos por los más ricos, lo cual los haría sentir "cada vez más relativamente pobres." Esta concepción del *embourgesimont* ha servido como punto de partida para muchos estudios y teorizaciones sociológicas sobre las clases trabajadoras, sus estilos de vida y orientaciones ideológicas. En Inglaterra, el concepto fue negado en sus implicaciones políticas en los años sesenta al descubrirse que aun los trabajadores que reciben altas remuneraciones no asimilan los valores y estilos de vida de las clases medias (Goldthorpe, 1968). En Francia, sin embargo, sirvió para explicar el fracaso de la revuelta de mayo de 1968.

4. La pobreza en la sociología norteamericana de la primera mitad del siglo XX

Dice Shils (1961), que a lo largo de los años veinte y treinta, la sociología norteamericana y en especial, la investigación empírica se ocuparon esencialmente del tema de la pobreza. Esto ocurrió como consecuencia de las migraciones internas y externas que se sucedieron en ese país durante el período y que dieron lugar al crecimiento de grandes ciudades afectadas por el racismo y la miseria. No obstante, una lectura pausada de los trabajos principales de la época nos señala que, el interés de los investigadores no recayó realmente sobre la descripción de la pobreza como tal, ni sobre el problema de la desigualdad social, sino sobre las manifestaciones anómicas en el comportamiento individual y colectivo de los grupos económica y socialmente segregados.

Podría decirse, incluso, que los sociólogos norteamericanos de la época siguieron en su trabajo la propensión de Simmel a relacionar ideas aparentemente desconectadas y, sobre todo, a no considerar los problemas sociales en sí mismos, sino como plataformas sobre las cuales ejecutar complejos ejercicios analíticos.

Siguiendo la misma ruta de la abstracción, otros sociólogos se dedicaron a describir los procesos de encadenamiento de conductas disfuncionales. Se trataba de distinguir entre anomias que nacían de una misma causa central, de

¹⁰ Una descripción de esta época puede verse en Degler et al (1984) *Historia de los Estados Unidos* Limusa. México.

áquellas que se explicaban unas en función de otras. De hecho, un gran esfuerzo de estos sociólogos se orientó a la tarea de buscar definiciones adecuadas para conceptos como desviación y desorganización social, generándose así un campo teórico de primer orden (Cohen, 1960). El tema del conflicto social también fue fundamental para estos sociólogos. En efecto, desde comienzos del presente siglo, el citado tema había alcanzado tanta notoriedad entre la comunidad sociológica que constituyó el punto central de la sesión de la American Sociological Society correspondiente a 1907. Carver dijo a este respecto en la lección inaugural que,

Puede haber muchos casos en que haya una completa armonía de intereses pero esto no origina problemas y por consiguiente no necesitamos ocuparnos de ello.¹¹

Todavía en 1930, el conflicto social ocupaba un lugar muy relevante en la sociología norteamericana y volvió a aparecer como el tema central en las sesiones de la American Sociological Society correspondientes a ese año. Es de observar, que dentro de la tradición evolucionista que aun privaba en los EE.UU., se le asignaba al conflicto un papel positivo en el proceso de desarrollo social, excepto aquel que contenía rasgos destructores de la matriz social que requería reformas de fondo para ajustarlas a las características estructurales prevalecientes en la sociedad.

Dado el tipo de análisis que prevaleció en la época, no es de extrañar que los pobres fueran objeto de atención casi exclusivamente en virtud de la amenaza que representaban para la integración social. La explicación a este hecho no radica solamente en la tradición teórica —de naturaleza estructural funcional—, que heredó la llamada Escuela de Chicago,¹² sino también y muy determinante en razón de los orígenes rurales de muchos de los primeros sociólogos norteamericanos que, vieron la ciudad como asiento natural para el desarrollo de los vicios y otros problemas sociales. Entonces surgen clásicos como *Street Corner Society*¹³ y *The Gang*,¹⁴ los cuales abordaron la conducta irregular (orientada hacia diversas formas de criminalidad) de adolescentes que viven en zonas afectadas por la pobreza, el desempleo y la segregación. Ambos textos se acercan a los grupos estudiados reconociendo en ellos la existencia de una

¹¹ Citado en Coser (1961). Un corolario de esta perspectiva es que si los pobres mostrasen un "buen comportamiento" no valdría la pena hacerlos objeto de estudio de la sociología.

¹² El Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago fue creado en 1893. Entre 1915 y 1940 fue considerado como el principal centro para el entrenamiento sociológico en los EE.UU.

¹³ Whyte, F.W. *Street Corner Society* University of Chicago Press. 1993. La reedición del texto coincide con el renovado interés por los estudios empíricos sobre la pobreza.

¹⁴ Thrasher, F. *The Gang*. University of Chicago Press. Ver también "Social patterns and the gang" en Parsons, T. et al. (comps) *Theories of Society*. The Free Press. 1961.

estructura social alterna que suple la estructura social formal que les es negada por los grupos dominantes, y que da sentido y ordena sus acciones.¹⁵ También salió a la luz en 1937 el análisis de K. Davis sobre la prostitución,¹⁶ que lejos de ocuparse de la pobreza como agente causal de esta categoría de conducta desviada, se ocupa de comprenderla como una respuesta a las mismas presiones que empujan hacia conductas aceptadas e incluso aplaudidas por el grueso de la sociedad. Con esto Davis se mantuvo fiel al precepto fundamental de la sociología de la anomía según el cual hay que descartar la idea de que lo anormal, lo patológico, lo deplorable está asociado mecánicamente a ciertos tipos sociales.

La época en cuestión es también la de Robert Park. Figura resaltante de la Escuela de Chicago, propone el concepto de hombre marginal (Park, 1961) que en el contexto de la sociología norteamericana está referido a quienes quedan atrapados en el cruce de dos o más culturas, usualmente irreducibles entre sí. A partir de este concepto de marginalidad —tan diferente al que produjo la sociología latinoamericana en los años setenta—, Park apuntó al caso de los migrantes europeos que quedaron culturalmente aislados en las ciudades norteamericanas, a los hijos de padres pertenecientes a culturas diferentes y la brecha cultural que surgía entre padres migrantes aferrados a la cultura tradicional e hijos que absorben elementos de la cultura receptora. Además del tema del desarraigo y en conexión con éste, Park se ocupó también del problema del conflicto social. Absorbiendo la fuerte tradición evolucionista que predominó en los EE.UU. hasta Parsons, Park asignó una función ambivalente al conflicto: por un lado era una manifestación de desajustes individuales o grupales, mientras que por el otro tendía a provocar una integración, y una superordenación y subordinación de los grupos en conflicto.

De la Escuela de Chicago salen una gran cantidad de estudios relativos a fenómenos asociados a la gran ciudad. De una forma u otra, todos tocaban las conductas disfuncionales en el barrio y en el gueto como la delincuencia juvenil, el crimen, el juego, la prostitución y otros.¹⁷ Entre sus herederos se cuentan un grupo de sociólogos que alcanzaron gran repercusión en los años sesenta y que se encargaron de estudiar, haciendo uso de metodologías similares a la de sus maestros, las nuevas formas de desviación social que aparecían en el horizonte por esos años, especialmente aquéllas relativas al rechazo, por parte de los hijos de las clases medias a la cultura utilitaria predominante en ese país. El roman-

¹⁵ El aislamiento de estos grupos da lugar a una estructura social *sui generis* que contiene su propio proceso de socialización, sus propias normas morales, sus propios controles y castigos.

¹⁶ El artículo original de Davis apareció en la Revista Americana de Sociología, Vol.2. en 1937. Ver Cohen (1960).

¹⁷ Los nombres de E. Burgess, N. Anderson, H. Zorbaugh, C. Shaw D. McKenzie, están todos ligados a la Escuela de Chicago e hicieron aportes importantes al estudio de la conducta desviada en el medio urbano.

ticismo psicodélico (que creó nuevos tipos sociales como los *acid-heads*, los hippies, los *drop-outs*, los *swingers*, los *beats* y otros) como llama Gouldner (1979) este tipo de nueva desviación constituyó, en efecto, uno de los objetos de interés de estos sociólogos liderizados por Goffman, Garfinkel, Cicourel, Becker, Sudnow y otros. Esta corriente se acercó al desconcertante fenómeno del desencanto de los jóvenes con la sociedad opulenta y muy particularmente con la inadecuada socialización de éstos en la cultura del *Sueño Americano*. Pero el foco de la nueva sociología que florece en los campus de California¹⁸ estaba lejos de apartarse por completo del tradicional interés de la Escuela de Chicago en las manifestaciones más tradicionales de disfuncionalidad entre las clases bajas, como la criminalidad. Gouldner sostiene que, este nuevo enfoque del sub-mundo de "los guetos del lumpenproletariado semejante al estilo de la *Opera de Tres Centavos* representa la contrapartida del análisis funcional de la anomía: una suerte de sociología disfuncional que hace de los desviados personajes por quienes se puede sentir cierta atracción y simpatía.¹⁹ Esta concepción de los sociólogos de la revuelta contra el objetivismo, es criticada por Gouldner en los siguientes términos:

Para ellos, el mundo del hampa se ha convertido en el equivalente de las identificaciones proletarias de algunos intelectuales durante la década de 1930. Pero no solo lo estudian, sino que en cierto modo hablan en su nombre, al afirmar la autenticidad de su estilo de vida... A título de ejemplo, el sutil estudio de Goffman *Cooling Out the Mark* parte de un examen de la estrategia de las estafas basadas en la confianza que la víctima deposita en el estafador. En dichas estratagemas, señala Goffman, después que la víctima ha caído, uno de los estafadores permanece con ella para enfriarla y tratar de persuadirla de que acepte su situación en lugar de acudir a la policía... Se insinúa la conclusión de que puede considerarse al mundo entero como un conjunto de víctimas y victimarios, y que, en último análisis, somos todos víctimas a quienes se debe tranquilizar... Se trata, al parecer, de una metafísica del mundo del hampa en la cual la sociedad convencional es vista desde la perspectiva de un grupo ajeno a sus propias estructuras sociales respetables.

Este grupo de Chicago se encuentra cómodo en el mundo del hip, Norman Mailer, los drogadictos, los músicos de jazz, los conductores de

¹⁸ Un recuento de este surgimiento y su enfrentamiento con el funcionalismo en Coulon (1988) *La etnometodología*. Ediciones Cátedra Madrid.

¹⁹ Gouldner acepta que el enfoque de las nuevas corrientes es antagónico al de Parsons, mas advierte que ambos corrientes se interesan por el orden y la estabilidad social. Para Garfinkel, dice, "lo que cohesionaba el mundo social no es una moralidad con un matiz sagrado, sino una densa estructura colectiva de entendimientos tácitos referentes a los asuntos más mundanos y triviales, entendimientos a los cuales, si se los advierte, no suele, atribuirse ninguna importancia especial..." (Gouldner, 1989, 359).

taxis, las prostitutas, la gente noctámbula, los vagabundos y jugadores: el mundo frío. Esta corriente de trabajos no puede ser apreciada de manera cabal en términos de las categorías empleadas convencionalmente en el análisis sociológico. También debe ser juzgada desde el punto de vista del crítico literario, como un estilo o género, y en particular, como una especie de romanticismo naturalista, expresión a la que en modo alguno le asigno un carácter peyorativo. Esto es, se trata de una tendencia que prefiere lo extraño a lo familiar, el detalle etnográfico vívido a la monótona taxonomía, la expresividad sensorial al análisis insulso, la observación naturalista a los cuestionarios formales, el punto de vista del hip que permanece al margen de la sociedad al de los individuos convencionalistas y anticuados (Gouldner, 1969, 242 - 243).

No señala Gouldner en su ácido análisis de estas tendencias, cuáles son aquellas categorías convencionales con las se podría realizar un acercamiento a este tipo de conductas, más familiares de lo que él supone. Podríamos adelantar, entonces, que se refiere a los modelos de conducta desviada de la sociología estructural-funcional, pero al observar que ésta también es objeto de una severa crítica en *La crisis de la sociología occidental*, quedamos en la oscuridad con referente a cuál es su postura concreta en relación a lo que llama el submundo y si vale la pena someterlo a estudio.

5. La pobreza en la sociedad de la abundancia

La preocupación por el conflicto social originado en las grandes metrópolis declinó en los EE.UU. hacia finales de los años cuarenta cuando, además, aparecen temas alternos de estudio para la sociología como las relaciones industriales, la comunicación de masas y las relaciones raciales. También pasan a primer plano, los estudios sobre consenso social, la burocracia, los movimientos sociales y la conducta electoral (Merton, 1960; Lipset, 1960). Por su parte, el interés por las manifestaciones anómicas de la pobreza, se suplanta progresivamente por los problemas derivados de la sociedad de la abundancia y con ellos, los problemas de las clases medias.

En efecto, la inquietud que la sociología mostró en los años anteriores por las disfunciones asociadas a los pobres y segregados, va a ser reemplazada por las disfunciones creadas por el nuevo mundo de la afluencia económica. En este desplazamiento, los grupos menos privilegiados van cediendo su lugar como objetos privilegiados de estudio de la sociología, que ahora se vuelca al estudio de las nuevas clases medias, sus patrones de recreación y de consumo.

La certeza de que había cristalizado la última etapa del crecimiento económico —la era de consumo masivo según Rostow— produjo algunos textos que marcan pauta en la definición de las temáticas que predominan para la época. Entre ellos *La sociedad afluente* de Galbraith (1958), en cuyo primer capítulo se argumenta que el dilema propio del hombre moderno con respecto al hombre

de períodos anteriores, es la variedad de males que puede imaginar en función de su relativa liberación del reino del trabajo y la necesidad, y en consecuencia la poca certeza que tiene sobre cómo remediarlos. Galbraith sostiene que, la pobreza que ha marcado la condición de vida de la mayoría de los hombres a lo largo de toda la historia, también ha marcado los modos del pensamiento social y económico. Esto, dice, dificulta la posibilidad de entender a plenitud los problemas de la sociedad afluyente, amenazando su propia existencia. Su obra se orienta, entonces, a desmontar este pensamiento anclado en la antigüedad repensando los criterios con los que se juzga la desigualdad y la pobreza. Argumentado sobre la base del alto crecimiento económico experimentado en los EE.UU., se aventura a decir que, el tema de la desigualdad ya no es tan importante en la sociedad opulenta. Apunta al hecho de que a partir de 1945, no se ha hecho ningún esfuerzo serio en ese país por alterar la distribución del ingreso y que el liberalismo americano ha abandonado el asunto casi por completo. Las voces que más se oyen son precisamente las que claman contra la elevación de los impuestos y la ampliación del patrimonio imponible. A más de esto, el poder de los grandes monopolios habría disminuido frente al poder del Estado y ello, a su vez, funcionó para limar el antagonismo del público hacia las familias de gran riqueza y los propietarios de las grandes compañías que a fines del siglo XIX y comienzos del XX, se habían constituido en dueños del país.

El mundo ricardiano, expone Galbraith, ha entrado en crisis. Ahora el trabajador puede esperar que las mejoras en la producción se traduzcan directamente en mejoras al salario. Ello significa que, en los países avanzados, la productividad actúa como alternativa eficaz a la redistribución, limitando el ámbito de consideración sobre la desigualdad social.

Por su lado, la pobreza habría asumido una nueva forma en esta sociedad de la abundancia. Siguiendo los pasos de Veblen, Galbraith sostiene que en la sociedad afluyente mucha de la pobreza es relativa, es decir: no está asociada a la insatisfacción de necesidades básicas como la alimentación, la vivienda y el vestido, sino a la diferencia entre los ingresos promedios de una comunidad y el ingreso de un individuo que se sitúa por debajo de aquellos.

La pobreza en la afluencia puede clasificarse, a criterio de Galbraith, en dos grandes categorías.

- La pobreza de casos (*case poverty*) es aquella que se encuentra en toda comunidad urbana o rural y se enraíza en fallas de individuos afectados por una salud pobre, deficiencias mentales o la inhabilidad para ajustarse a la forma moderna de vida.
- La pobreza insular. Esta afecta ciertas áreas relativamente aisladas donde los miembros de pequeñas comunidades, son todos pobres. La explicación de este fenómeno radica en el tradicionalismo de los habitantes que

frena el deseo de moverse hacia zonas más ricas en oportunidades y empleos.

Otra característica de la nueva pobreza, es que su focalización hace prácticamente imposible la articulación política de los grupos afectados. El remedio para esta pobreza debe venir, entonces, desde arriba a través de una intervención estatal que ataque las causas del fenómeno y rompa su ciclo de autopropagación. También se requeriría de programas destinados a demoler las deterioradas viviendas de los guetos y programas masivos de construcción de vivienda popular para permitir a los moradores desarrollar una perspectiva más positiva de la vida social y lo que ésta tiene que ofrecer.

En los años sesenta va fortaleciéndose la noción de que los problemas principales del futuro, no se asociarán a la pobreza sino a la desorientación que las nuevas pautas de vida caracterizadas por el consumo y el ocio causarán en los individuos. Otro problema importante que surge en la literatura, es el de la preservación del medio ambiente en sociedades destinadas a elevar continuamente sus niveles de productividad (Mchale, 1969). Pero la pregunta clave que muchos pensadores sociales se hacen es, cómo habrá de lograrse un sentido de integración o de comunidad en una sociedad donde la producción ilimitada de bienes y la lucha individual por adquirirlos se convierte en eje de la vida para grandes sectores de la población.²⁰

También existe la certeza de que en la nueva sociedad, la pobreza asumirá una forma individual. Es decir, los pobres serán lo que Kahn y Wiener (1967) llamaron pobres voluntarios. Estos reducidos grupos insistirán en vivir con lo mínimo porque permanecerán víctima de la cultura de la pobreza y sus perspectivas de corto plazo como: vivir al día y satisfacer placeres inmediatos. También quedarán en pobreza quienes son víctimas del alcoholismo, de las drogas, de las enfermedades mentales, o quienes desarrollan conscientemente formas marginales de personalidad. Los autores argumentan que, en la opulencia, los pobres desplegarán mucha hostilidad contra la sociedad haciendo necesario atenderlos con políticas sociales especiales que deberán contar con el respaldo de una mayoría de la población deseosa de vivir en paz. No obstante, a comienzos de los años sesenta, sale a la luz *Challenge to Affluence* de Gunnar Myrdal (1965). Esta visión externa y crítica de la sociedad de la abundancia, apunta a la formación en su seno de la llamada *underclass* (o infraclase);²¹ constituida por hombres afectados por el creciente desempleo tecnológico, para quienes son nulas las posibilidades de movilidad social, así como el disfrute de las ventajas asociadas al sueño americano, abiertas sólo a quienes tienen trabajo calificado y estable. Según Myrdal, esta infraclase o clase de "proscritos" se convierte,

²⁰ En cuanto al polo del consumo, la obra más notable de la época fue Packard.V. (1962).

²¹ La subclase, dice Myrdal, representa el reto más grande para la sobrevivencia de la democracia en los EE.UU.

prácticamente, en una casta intocable, pues, tanto sus miembros como sus descendientes, se ven atrapados sin remedio en el fondo de una sociedad que los desprecia.

Khan y Wiener tienen también algo que decir con respecto al futuro del sistema económico mundial. Plantean que seguirán predominando las grandes disparidades en el desarrollo económico entre las naciones. Las élites de los países subdesarrollados, dicen, esperan grandes resultados de sus programas de modernización que no se verán cumplidos,²² creando un sentido de fracaso que a su vez podría reflejarse en mayor estancamiento y regresiones de diverso orden.

La significación social del fenómeno de la abundancia fue estudiada también por Riesman. En *¿Abundancia para que?* (1964), señala que la crisis de los EE.UU. no es económica, sino de vigencia de actitudes poco favorables a la existencia pacífica en un mundo moderno y rico, o como él lo llama desde 1958, un mundo posindustrial. Al igual que Galbraith, Riesman parte del supuesto de que gran parte del pensamiento social está anclado en la escasez. Sin embargo, el énfasis de su análisis recae en los nuevos patrones de vida social que vienen con la opulencia: el nacimiento y desarrollo de los suburbios, las nuevas formas de distribución del estatus, las actitudes políticas de la nueva clase media y sus estilos de recreación. En sus breves comentarios sobre la distribución de la riqueza, Riesman argumenta que, siempre existirán suburbios diferentes a los que sirven de modelo para la vida de las clases medias: serán aquellos habitados por trabajadores que no poseen aspiraciones de movilidad social, ni mucho interés por la participación en la vida colectiva. Pero es en *La Muchedumbre solitaria*, (1962) donde Riesman explora a profundidad las implicaciones sociológicas de la abundancia. Su tesis central es que el crecimiento de la riqueza y el advenimiento de la producción masiva, combinados con la estabilización del crecimiento poblacional —consecuencia en parte del freno impuesto a la inmigración europea—, habrían cambiado el carácter social de los norteamericanos. De hombres dirigidos hacia sí mismos (*inner-directed*) que se caracterizaron por su individualismo, ambición, confianza en sí mismos y dedicación al trabajo, se habría formado un tipo nuevo de hombre, dirigido hacia otros (*other-directed*) más preocupado por el mundo del esparcimiento y del ocio que por el trabajo. La reducción de la jornada laboral y la ampliación de la riqueza, dice Riesman, generaron un individuo con metas de corto plazo y ambiciones limitadas, que busca ansioso la aprobación de los otros. Pero más importante aún, forjaron un hombre que en la nueva sociedad de masas inspecciona a su alrededor, muchas veces sin encontrarlos, modelos para formar su propia identidad. En esta búsqueda se vería asistido por la creciente expansión de los medios de comunicación masiva que ponen a su disposición un extenso inventario de tipos, modas, estilos sociales a los cuales aspirar. También contaría con la industria del *self*

²² No dicen Kahn y Wiener porqué habrán de fracasar estos programas de modernización.

help que distribuye libros, revistas y otras publicaciones sobre cómo vivir en la sociedad moderna. El hombre dirigido a otros, liberado de las necesidades materiales más urgentes, convierte el ocio en algo que requiere de mucho trabajo para ser disfrutado a plenitud. Surgen entonces, nuevas y cada vez más sofisticadas formas de entretenimiento y consumo con las cuales va enfrentando el aburrimiento y la apatía que siempre lo amenazan.

Según Riesman, la superación de la pobreza y de la explotación es el problema principal de los países en vías de desarrollo. Por el contrario, en la sociedad sobredesarrollada, los problemas centrales conciernen la frustración y la anomía que afectan a individuos incapaces de advertir causas y principios con los cuales comprometerse. La armonía y la estática serían los rasgos fundamentales de la nueva sociedad de la abundancia. En ella predomina el conformismo y la ausencia de ideas novedosas, al igual que parece la utopía porque ella ha recorrido ya, el camino de la autorrealización.

El acento puesto en el estudio de las clases medias es muy visible aun en quien fuera descrito como el sociólogo norteamericano más radical de los años cincuenta y sesenta. En efecto, no hace falta esforzarse mucho para apreciar en las obras de Mills (1951, 1961). la centralidad que obtiene esta clase y de la estrecha relación que por intermedio de su profesionalización, establece con el Estado Benefactor . Igualmente mostró gran interés por el fenómeno de la sociedad de masas y el surgimiento de nuevas formas ocultas de dominación dentro de ésta.

Mills tenía pocas esperanzas de que la clase obrera de su país reaccionara en contra de las desigualdades de poder y riqueza que había denunciado en algunas de sus obras . En la *Elite de poder* (1957), por ejemplo, demostró como, en una sociedad democrática y avanzada, las élites se asocian de diversas maneras y con mucha regularidad para llegar a acuerdos de control político, así como para reclutar sus miembros de una clase social en particular. Mills sabía que la clase trabajadora de su país no era revolucionaria, pues la elevación del nivel de vida y la ampliación de la base impositiva en los países capitalistas desarrollados habrían eliminado los motivos tradicionales que justificaban la lucha de clases del siglo XIX. Tal como lo expone Casanova en su ensayo sobre Mills:

No podía (Mills) dirigirse hacia un proletariado empobrecido ni hacia un pueblo hambriento, ni creer que la opinión de Marx de que el proletariado era la fuerza de la historia fuera aplicable a los Estados Unidos de 1960; tampoco creyó en el apoyo de los dirigentes del Tercer Mundo. Su pueblo era rico, superdesarrollado, opuesto al cambio. Pero no desesperó; buscó ayuda allí donde pudiera hallarla, entre los estudiantes, profesores, intelectuales científicos, el clero y todos lo que representaban lo que hay de decente y moral en los EE.UU. En términos políticos era una fuerza pequeña y lo sabía. El suyo era un país de grupos de *white co-*

llars, de trabajadores conformistas, de masas; le faltaba el poderoso instrumento capaz de producir el cambio de una economía agresiva hacia una política de desarrollo; los recursos humanos con que contaba eran reducidos; el momento no había llegado y Mills se había percatado de ello (Horowitz, 1969, 91).

La convicción de Mills acerca de la alienación de las masas trabajadoras en los Estados Unidos y su tesis acerca del creciente conservadurismo del liderazgo sindical, lo llevaron a interesarse por las experiencias revolucionarias de otros países y muy especialmente por el caso de Cuba. Contagiado por el entusiasmo que suscitó la revolución cubana en círculos intelectuales liberales y de izquierda en el continente Americano, viajó a la isla en 1960. Allí se entrevista con líderes de la revolución, universitarios, soldados, y campesinos, para ofrecer una versión amigable de los acontecimientos que ocurren y contrarrestar la imagen distorsionada que de la revolución y sus objetivos, presentaban los medios de comunicación social en su país. A lo largo de *Escucha Yankee*, (Mills, 1960) corre un tema articulador y es el rechazo de los protagonistas de la revolución y del pueblo cubano a la larga vinculación imperialista que prevaleció entre Cuba y los Estados Unidos y que sólo habría dejado graves problemas para la Isla y sus habitantes. *Do it Yourself Economics*, es el capítulo más revelador del citado texto para entender el fracaso de lo que la sociología del desarrollo llamó el difusionismo. Mills describe los daños sufridos por la economía cubana en su contacto con los capitales foráneos y aplaude la estrategia seguida por la revolución de expropiar la riqueza privada, diversificar la producción, fortalecer el mercado internacional e industrializar la isla primero con empresas livianas, dejando para luego el desarrollo de la industria pesada.

Sería erróneo pensar que, el foco en las clases medias se desvaneció en las investigaciones de los herederos de la Escuela de Chicago. En efecto, además de estudiar los disfuncionales, las corrientes que van a integrar el paradigma del individualismo metodológico, volcaron su atención en los años sesenta hacia la vida cotidiana de individuos atrapados en contextos organizacionales, como las grandes burocracias. Para los etnometodólogos lo digno de estudio no fue la recreación de las clases medias, sino las estrategias simbólicas y métodos a que éstas recurren para lograr su adaptación a ese complejo medio de intercambio social. Lugar principal ocuparon las organizaciones donde las relaciones de poder son marcadamente asimétricas: la prisión, el hospital, la fábrica, la escuela y otras.

La disposición de Goffman y sus discípulos a escrutar en detalle estos ambientes, es comentada por Gouldner en los siguientes términos:

El modelo teatral refleja un nuevo mundo donde un estrato de la clase media ha dejado de creer que trabajar con ahínco sirve de algo, o que el éxito depende de la aplicación diligente. Hay en este nuevo mundo un agudo sentido de la irracionalidad existente en la relación entre la contri-

bución real y la reputación social. En esta nueva economía terciaria donde los servicios proliferan, los hombres producen cada vez más desempeños en lugar de cosas. Además, los desempeños y productos que elaboran suelen diferenciarse sólo marginalmente; lo único que permite individualizarlos es su aspecto. En esta nueva economía, pues, la mera apariencia adquiere especial importancia... La de Goffman es una teoría social que atrae a quienes actúan dentro de burocracias enormes o deben tratar con tales organismos, dotados de un tremendo impulso propio y poco accesibles a influencias individuales. Así Goffman no se refiere a cómo tratan los hombres de modificar la estructura de esas organizaciones o de otros sistemas sociales, sino a cómo pueden adaptarse a ellas y dentro de ellas... Su teoría de las instituciones totales transmite con claridad esta sensación del impacto abrumador de las organizaciones sobre las personas, cuya individualidad aparece protegida principalmente por la astucia... En las modernas organizaciones en gran escala los individuos se toman cada vez más fácilmente intercambiables, lo cual deteriora su sensación de valía y potencia. Como su influencia sobre la organización total es escasa se dedican a manejar impresiones procurando ser notados y diferenciados entre los demás... Esta nueva clase media no es un estrato social que, protegido por medios propios e independiente de los demás pueda decir: ¡Qué piensen lo que quieran! El nuevo mundo burgués del manejo de las impresiones está habitado por hombres ansiosos y dirigidos por los demás que, con las manos sudorosas, viven en el temor constante de que éstos los denuncien o de traicionarse por descuido (Gouldner, 1979, 350-351).

A finales de los años sesenta, resurge entre algunos sociólogos norteamericanos el interés por el tema de la pobreza, Miller (Horowitz, 1969) argumenta que en esa época se comienza a percibir que, este fenómeno no sólo afecta a grupos aislados o focalizados, sino que amplios conglomerados humanos son víctima del desempleo, de ocupaciones mal pagadas en el nuevo sector de los servicios y de pésimas condiciones habitacionales. Algo que resalta en estas investigaciones es el carácter racial de la pobreza. A partir de entonces se habla en círculos críticos de un desplazamiento del país hacia una economía dual: una parte de ella muy exitosa, capaz de brindar elevados niveles de vida y empleos estables, también llamada Economía Blanca. Otra, llamada Economía del Matorral (o *Bush Economy*) que sólo ofrece empleos inferiores e inestables para individuos con baja capacitación por lo general son ocupados por afroamericanos, mexicanos y portorriqueños.

Miller se refiere a este redescubrimiento de la pobreza en los siguientes términos:

Unos años atrás, se prestaba poca atención a la pobreza y a los pobres. Era corriente suponer que la pobreza estaba desapareciendo con ritmo veloz en la sociedad opulenta y que eran relativamente pocos los

afectados por ella. Parecía, en verdad, que pensar en los pobres era como manifestarse por una compulsión a la repetición, una incapacidad de superar el trauma de la década de 1930, a pesar de la prosperidad y bienestar que advinieron luego. Se creía que la gran mejora del nivel de vida había eliminado los vestigios de la pobreza, excepto en un núcleo resistente.

Pero un cúmulo de obras aparecidas en los últimos tiempos han trastocado este cuadro complaciente de los Estados Unidos... La cortina de los ingresos que separaba a los americanos pudientes de los no pudientes se ha corrido, y ya no podemos afirmar que la pobreza afecta a pocos, que está desapareciendo y que es mucho menos ruinosa que antaño. Las tendencias actuales de la vida social tampoco son motivo de optimismo (Horowitz, 1969, 63).

El criterio que guía a Miller para definir la pobreza es esencialmente el ingreso. Cita la estimación ofrecida por J. Lampman quien, partiendo de un ingreso de \$ 2.500,00 anuales para una familia de cuatro personas, calcula en 16% la pobreza en el país. También cita a Keyserling quien partiendo de un ingreso familiar de \$ 4.000,00 anuales argumenta que el 25% de la población vive en pobreza. Estas familias serían preponderantemente negras y estarían residenciadas bien en ciudades pequeñas afectadas por la declinación de la industria local o bien en grandes ciudades donde la modernización tecnológica es causa de mucho desempleo. La situación de las ciudades industriales se habría vuelto muy comprometida por cuanto éstas recibieron por largo tiempo miles de personas que escaparon de las zonas rurales en busca de mejores oportunidades y al no encontrarlas se establecieron en los barrios bajos y guetos de las grandes ciudades, uniéndose a la población residual de la tercera generación de inmigrantes europeos y a los demás pobres de las metrópolis.

La evaluación que Miller hace del Estado Benefactor se resume en siete puntos principales:

- Existen fallas e insuficiencias muy marcadas en la provisión de los servicios sociales y poca construcción de vivienda popular.
- Muchos beneficios sociales se canalizan finalmente hacia las clases medias.
- El Estado Benefactor se ha burocratizado. Gran parte de su acción concierne los mecanismos formales internos y no la atención eficaz a sus clientes.
- El personal que maneja los servicios sociales no está debidamente entrenado para atender a los pobres.

- Gran parte de los recursos para la atención a los pobres va a dar a fundaciones privadas que se autoerigen en servidores de la comunidad. Las juntas directivas de dichas organizaciones se perpetúan en sus cargos y sus mecanismos de acción son antidemocráticos.
- Se ha prestado poca atención a la forma de impulsar a los grupos pobres a desarrollar estrategias y acciones para ayudarse a sí mismos.
- El Estado Benefactor se ha convertido en un inmenso mecanismo de control social de los pobres. Su actividad se dirige con más asiduidad a vigilar la conducta (e incluso la vida privada) de éstos con el fin de establecer si están legalmente capacitados para recibir las ayudas.

En sus análisis sobre la pobreza, Miller coloca el énfasis fundamental— tal como lo hizo la Teoría de la Marginalidad latinoamericana—, en los prospectos liberadores de la organización política de los desposeídos. De ahí su predilección por referirse a ellos como la Nueva Clase Trabajadora; concepto que según él mismo:

... se parece más a una red para pescar que a un recipiente sólido; lo prefiero sin embargo, a expresiones como clase inferior, los pobres, el lumpen-proletariado, etc., porque alude a cuestiones económicas y políticas, más que a deficiencias de personalidad. Destaca algunos de los problemas económicos comunes a muchas personas de bajo ingreso en la opulenta nación norteamericana, y plantea la posibilidad de que actúen políticamente, con el fin de hacer algo al respecto. Término menos odioso que los otros, implica que las personas de bajos ingresos están tratando de afirmarse en la vida industrial urbana (Horowitz, 1969, 69).

Sostiene Miller, que si bien resulta difícil articular políticamente a los pobres —especialmente cuando éstos han estado sometidos por mucho tiempo a condiciones adversas—, no deben ser vistos como sujetos pasivos, inertes y apáticos, incapacitados para la acción. En el caso de los EE.UU., dice, la interacción de factores de clase con factores étnicos y de raza, ha promovido cierta solidaridad entre los miembros de la Nueva Clase Trabajadora, la cual logró mediante su organización obtener algunas mejoras en cuanto a salud y educación, y escalar posiciones políticas. Según el autor, el objetivo a perseguir sería el de no extender los servicios sociales, sino impulsar a los pobres a buscar vías para mejorar su condición. Propone la creación de un liderazgo interno en las comunidades pobres, y la sindicalización de los trabajadores de los servicios que reciben bajos salarios. A su vez habría que estrechar las relaciones entre las comunidades pobres y los nuevos sindicatos de modo que puedan compartir experiencias de organización y acción política eficaz.

Las dos próximas secciones de este ensayo se dedican expresamente al tema del resurgimiento de la pobreza en las sociedades "opulentas" y las nuevas formas de representación de la misma.

6. La visión de la pobreza a partir de los ochenta. La sociobiología y el renacimiento del "pobre culpable"

El crecimiento de la pobreza en los países de alto desarrollo industrial, ha creado una honda preocupación entre sus dirigentes políticos, quienes se encuentran desconcertados frente a la gravedad de la crisis social. Algunas estadísticas son muy reveladoras del asunto en cuestión. En Norteamérica, por ejemplo, se ha estimado que 12.000.000 de niños viven cerca o por debajo de la línea de pobreza.²³ En algunas ciudades de ese país, como Miami, la situación es tan grave que un 25 % del total de la población menor de 15 años sufre esta misma condición.²⁴ Por otro lado, existen cerca de 3.000.000 de personas sin hogar (los llamados homeless) (Ropers, 1991). En efecto, el panorama social que muestran muchos centros urbanos en los EE.UU. en los noventa, dista bastante de aquel que prevaleció en los años sesenta: el casco central de ciudades tan contrastantes como New Haven, Nueva York, Los Angeles, Miami y otras, se ve invadido al anochecer por cientos de indigentes que buscan sobras para comer y algún rincón techado donde dormir.

La pobreza que durante los años cincuenta, sesenta y setenta recibió en los países avanzados, el trato de un problema menor que afectaba grupos focalizados de la población, se ha transformado hoy en un problema de dimensiones muy significativas que frecuentemente se ha explicado mediante construcciones abiertamente ideológicas, evitando citar las causas estructurales que subyacen este proceso de empobrecimiento. Una de tales causas estructurales lo es, sin duda, la decreciente participación de los EE.UU. en el mercado mundial. Pero también influye el carácter que ha asumido la economía terciaria en los países adelantados en los últimos quince años. Esta economía viene ofreciendo gran cantidad de empleos en el sector de los servicios, cuyo desempeño no requiere de mucha calificación y cuyas remuneraciones son incuestionablemente inadecuadas. A más de esto, la carrera por mayor competitividad ha llevado a los empresarios norteamericanos y europeos a crear empleos en otras naciones, disminuyendo así las oportunidades de trabajo en su propio país (González, 1999).

La citada expansión de la pobreza ha generado, según Tortosa (1993), una guerra cultural y étnica no declarada, cuyas víctimas son los negros, mestizos y los nuevos migrantes que, cada año engrosan la población de los países avanzados. Dicha guerra, dice el autor, tiene su génesis en el tipo especial de pobreza que engendra el mundo de la opulencia:

²³ Reportaje de WGN, estación televisora de Chicago. EE.UU. 30 de octubre de 1995.

²⁴ Reportaje del *Miami Herald* Miércoles, 13 de diciembre de 1995.

...la pobreza en los países industrializados occidentales... hay que decirlo, es mucho más tolerable que la pobreza en los países pobres en términos de bienestar y subsistencia, aunque no tanto en términos de violencia, alienación e insolidaridad. La pobreza de los países ricos se caracteriza por mayores niveles de criminalidad, adicción, enfermedades mentales, pérdida de sentido, aislamiento, lucha por la existencia inmediata que la de los países pobres que, en cambio, tendrían una pobreza comparativamente peor en términos de fondo, ayudas y subsidios disponibles tanto privados como públicos (Tortosa, 1993, 20).

Sostiene Tortosa que, en algunos países como los EE.UU. la agresión en la guerra cultural comienza con los conceptos empleados para referirse a los pobres, en especial con la amplia y creciente utilización del concepto de infraclase o subclase con que muchos describen los grupos que han quedado en situación de marginación social, entre ellos: los negros, los que no poseen educación formal, los delincuentes, los drogadictos, los habitantes de los guetos, los dependientes de la caridad pública, así como todos aquéllos que no tienen empleo ni posibilidades ciertas de conseguirlo. Este concepto de infraclase, sigue el argumento, ha desplazado casi por completo al de clase o estrato pobre, e incluso al concepto de pauperismo y sugiere la existencia de grupos que viven al margen de la estructura social (ahí residiría justamente su marginalidad). La agresión conceptual tiene además, y esto es lo más importante, consecuencias prácticas, puesto que, como lo sostiene Tortosa (y como lo viene sosteniendo la corriente etnometodológica desde los años setenta), el "etiquetado" de un problema "es muchas veces la parte más importante del mismo y de su posible solución". Es así como la representación de los grupos pobres como una infraclase lleva a verlos como grupos inservibles y totalmente refractarios a la aplicación exitosa de cualquier política social.

A la mencionada representación, se ha añadido otra que refuerza la tesis de la inutilidad de la acción estatal para el alivio de la pobreza. Nos referimos a la del pobre culpable que ha renacido con el pensamiento neoliberal. Esta visión del pobre es típicamente individualista y propone que a) el mercado no puede conllevar en sí mismo procesos de empobrecimiento, y b) que la pobreza se debe a la pereza, la falta de responsabilidad individual o la falta de cultura del logro en quienes la sufren. Este castigo que reciben los "irresponsables" sería bien merecido y no debería esperarse que el Estado responda con más y mejor legislación social. Al contrario, la solución al problema radicaría en la disminución de las ayudas estatales para que los pobres "reaccionen" y salgan de su desventajosa situación.

Algo muy visible en el tratamiento actual de la pobreza es el rechazo a las explicaciones estructurales de la misma. En los años sesenta, se popularizó la idea de que la pobreza que sufría la población afroamericana en los EE.UU. o la que sufrían las minorías étnicas en Europa, era producto del medio ambiente en

que vivían y de su larga historia de sujeción. Bajo esta premisa se gestaron y pusieron en práctica las políticas sociales de la administración Kennedy, que fueron bienvenidas por grandes sectores de la población blanca, excepto entre los bastiones del racismo más recalcitrante (Muller, 1966). La situación actual, como ya lo hemos dicho, es diferente porque triunfa la idea de que no es la opresión blanca la causante de los problemas sociales que enfrentan los negros y otras minoría étnicas, sino que la culpa recae sobre los pobres mismos. Llama la atención la poca consideración que se ha dado en los países avanzados a los cambios acontecidos en sus sistemas de tributación y distribución de la riqueza, que se han vuelto muy regresivos. Tortosa expone que en la época de Reagan, se produjo una reducción significativa de los impuestos pagados por los ricos (el 1% más rico consiguió un ahorro neto del orden del 25%), en tanto que la decila más baja de la población se encontró pagando muchos más impuestos (este estrato debió pagar un 20% más de sus ingresos al fisco). A esto se suma la disminución en el gasto social en ese país: mientras que en 1980, se invertía un 57,10 % del total del gasto público en gasto social, en 1988 dicho porcentaje se había reducido a 52,80%.

En líneas generales se puede decir, que han resucitado las teorías de Spencer y de Sumner acerca del "pobre culpable" (Ryan, 1971), enriqueciendo sus primitivas concepciones con todo lo que actualmente hay disponible en psicología, sociobiología y genética, para demostrar que existen diferencias apreciables de inteligencia, actitudes y hasta de cualidades morales entre los diversos grupos y razas humanas. En efecto, hoy día el racismo y el segregacionismo, cuentan con una larga tradición de estudios que presuntamente demuestran la inferioridad de las razas negras, asiáticas y mestizas, frente a la raza blanca. Esta cadena de desarrollos y pretendidos descubrimientos científicos,²⁵ comienza con Binet en 1905 quien desarrolla las primeras pruebas de inteligencia, pasa por Shockley el premio Nobel que en 1966 propone la esterilización de personas con bajo C.I., por Jensen (1969), quien concluye que las diferencias observadas entre blancos y negros en cuanto al desempeño en pruebas de cociente intelectual, eran genéticas y termina en 1994 con el difundido libro de Murray y Herrnstein *La curva de la campana*, al cual nos referiremos más adelante.

Es de notar que, estas teorías deterministas de la pobreza y lo que pretenden explicar (criminalidad, violencia, desviación sexual y otros desórdenes) han recibido un gran respaldo de los sectores conservadores en los países afectados, en razón de que proveen una excelente justificación para los recortes presupuestarios en áreas claves como salud y educación. Lo que se ha planteado es

²⁵ La crítica de la pretendida fundamentación científica de estos hallazgos la formulan Lewontin, R.C. et al. (1991). Señalan los autores las fallas metodológicas de estos trabajos (muestras, controles, etc.), pero también el manejo errado que hacen de las variables crianza y naturaleza como si fuesen independientes, cuando se ha demostrado que son inseparables.

que, como la pobreza tiene una raíz genética, las políticas sociales destinadas a combatirla siempre resultarán infructuosas. En los Estados Unidos, por ejemplo, se ha atacado virulentamente las inversiones en programas especiales para los negros porque, de entrada, ninguno de éstos podría equiparar a la larga el status social de blancos y negros, que es su principal objetivo. Los negros tendrían dificultades innatas para manejar las abstracciones que dan acceso a una alta remuneración y debería asignárseles, entonces, trabajos más mecánicos tal como lo determinan sus genes. Con respecto al apoyo a las madres pobres, se ha dicho en ese país que, no debe abusarse del apoyo garantizado a sus hijos y se ha propuesto el recorte del subsidio esgrimiendo el argumento de que éste es contrario a los procesos evolutivos de reconstrucción genética y selección natural, que garantizan la máxima adaptación al medio ambiente. También se han expresado críticas severas a la acción afirmativa, es decir: a la política de asignar cupos educacionales y empleos a personas de raza negra y otras minorías, en función de cuotas preestablecidas gubernamentalmente.²⁶

En general, se sostiene que la desigualdad es inevitable y que intentar remediarse por medios sociales (entiéndase artificiales) como lo han hecho los reformistas, los revolucionarios y los liberales del Estado Benefactor, es ir contra la naturaleza. Las diferencias entre los hombres y las colectividades, contrastadas con el trasfondo de los patrones biológicos del comportamiento, que son universales, inevitablemente frustrarán cualquier esfuerzo por reconstruir la sociedad sobre bases más igualitarias.

Por otro lado, estas teorizaciones han permitido a las élites gobernantes legitimar en cierto grado la patente contradicción que en el mundo desarrollado se ha profundizado entre los ideales rectores de libertad y equidad, y las manifestaciones más crudas de desigualdad en la riqueza y el poder que en él pueden reconocerse. Así mismo, el paradigma determinista cumple una función crucial en el control de la violencia y el activismo de ciertos grupos sociales, porque como lo señala Lewontin (1991), para cada militancia hay una explicación biológica apropiadamente confeccionada que la priva de su legitimidad. Esto es particularmente cierto en el caso de los disturbios raciales donde se ha planteado que son el resultado de disfunciones y daños cerebrales irreversibles de quienes liderizan y promueven dichos amotinamientos y no de la situación de segregación que viven los negros en distintas partes del mundo. Se apunta al hecho de que sólo pequeño número de afectados por condiciones socioeconómicas adversas participan de la violencia urbana y que la minoría revoltosa debe ser diagnosticada y su patología tratada como un asunto de salud pública (Mark y Ervin, 1970). De tal forma se medicaliza la protesta social que posee un cimiento político, para despolitizarla.

²⁶ Un análisis del estado actual de la política de Affirmative Action puede verse en Fineman. H. "Race and Rage" *Newsweek* abril 3, 1995.

Los principios de que la desigualdad social es inevitable, de que los negros son intelectualmente inferiores a los blancos y de que es inútil luchar contra la pobreza a través de políticas sociales porque ella se halla programada genéticamente, se han articulado en un reciente libro de Murray y Herrnstein (1994). *La curva de la campana*, retoma la posición spenceriana de que lejos de mejorar la condición de vida de los pobres, las políticas sociales las hacen más graves perjudicando, de paso, a la sociedad en su conjunto. Los autores plantean, como lo hizo Sumner a comienzos de siglo, que la clave para comprender la estructura de clases de los EE.UU. radica en el cociente intelectual de la población. En el tope encontramos una "élite cognitiva" de profesionales, profesores, gerentes y políticos, quienes han llegado a esa posición a través de sistemas altamente selectivos intelectualmente (pruebas, tests, registros académicos, entrevistas, etc.). En el medio encontramos una clase media, que es la mayor parte de la población (unos 125 millones de norteamericanos) cuyo cociente intelectual oscila entre 90 y 110. En el extremo de abajo encontramos unos 62.5 millones habitantes quienes por su bajo cociente intelectual viven en la pobreza. De este número, unos 12.5 millones constituyen la llamada infraclase (a la cual ya nos hemos referido): un estrato formado por individuos afectados por un escaso cociente intelectual quien en función de ese mismo hecho, vive en condiciones de pobreza extrema. Este grupo es aquel que habita en barrios donde predomina la violencia, la drogadicción, los nacimientos ilegítimos, el crimen y demás patologías sociales agudas.

Los autores exponen, en lo que constituye la parte más controversial de la obra, que el cociente intelectual depende del factor racial y no de factores ambientales y que esto explica como en el extremo derecho de la curva de la campana encontremos a los negros (un cuarto de ellos tendría un C.I. de 75, que es la línea del retardo), los latinos y otras minoría étnicas. En atención a estos argumentos señalan que, las políticas sociales para el alivio de la pobreza nunca serán efectivas y por ello deben ser eliminadas. Los grupos pobres no se moverán hacia las clases medias en cantidades suficientes y los subsidios no harán más que favorecer el crecimiento de una subclase sin posibilidades reales de redención. Los autores, sociólogo uno, sicólogo el otro, pintan un escenario apocalíptico del futuro de los Estados Unidos de Norteamérica. Visualizan una sociedad donde la dinámica reproductiva de la subclase (Dysgénesis es el concepto que los autores emplean para describir el hecho de que la gente "idiotas" está naciendo a un ritmo más acelerado que la gente "brillante"), hará decrecer el C.I. de la población un punto cada año. La sociedad del futuro es también para estos deterministas genéticos, una sociedad en la que, por efecto de la inferioridad natural de ciertos grupos, no habrá integración racial, sino más segregación. Ven al Estado de Bienestar convertido en un Estado Custodial (una versión *high-tech* de reservación india) ocupado en controlar las crecientes manifestaciones de violencia de la denominada infraclase. Sería un Estado totalitario con graves problemas para sostener el orden social.

De tanto interés como el libro en sí mismo, es la respuesta que éste ha recibido de la opinión pública y de círculos intelectuales y políticos en los EE.UU. ²⁷. Aunque los argumentos que presenta no son en lo esencial, novedosos, aparecen en un momento signado por un pesimismo que permea muchos estratos e instituciones sociales. El libro recoge este sentimiento, lo envuelve de sistematicidad y lo proyecta con contundencia, proporcionando una explicación "razonable" para las clases dominantes y medias, de cómo su país va cayendo presa de la pobreza y de la violencia que ven manifestarse cotidianamente alrededor suyo.

Por su lado, los políticos conservadores han dado la bienvenida a este tipo de explicación determinista ya que ha ofrecido un fundamento estable para la legitimación de la desigualdad. De hecho, los primeros trabajos de Hermstein (1971) apuntaron a ampliar el principio de la inferioridad genética de los negros postulado por Jensen, a la clase obrera en general, con lo cual deslegitimaba las aspiraciones reivindicativas de éstos, ganando así mucha popularidad en los círculos políticos conservadores. En su más conocida obra previa a *La curva de la campana*, el autor sostiene:

Las clases privilegiadas del pasado probablemente no eran muy superiores biológicamente a los oprimidos, motivo por el que la revolución tenía buenas posibilidades de éxito. Al eliminar las barreras artificiales entre las clases, la sociedad ha estimulado la creación de barreras biológicas. Cuando la gente pueda acceder a su nivel natural en la sociedad, las clases más altas tendrán, por definición, mayor capacidad que las inferiores (Hermstein, 1971, 221).

Es de observar que el término de *infraclasse* ha calado tan hondo en la ciencia social norteamericana. que también es empleado con frecuencia por investigadores comprometidos en la lucha contra la pobreza. La bibliografía reciente contiene dos ejemplos notorios de lo antes dicho. Massey y Denton. (1993) proponen la hipótesis de que la desigualdad racial en los EE.UU. tiene su base en la segregación residencial. Por su lado, Katz (1993) reúne una serie de ensayos que rastrean el nacimiento y desarrollo de la llamada *infraclasse*. Este desarrollo es visto a través de diversos procesos como a) la migración, b) la *desindustrialización*, c) cambios en políticas de vivienda popular y en patrones de vida familiar y d) estrategias en la política social. Todas las vertientes apuntan, según Katz , a una síntesis que llama *desproletarización* de los pobres, que explica el descenso de estos últimos en la subclase.

La afirmación central del reduccionismo biológico es, que toda la cultura y el comportamiento humano, están codificados en los genes y han evolucionado

²⁷Ver Morganthau.C. " Is it Destiniy? An angry Book Ignites a New Debate Over Race, Intelligence and Class" *Nesweek*. Oct. 2⁷.1994.

mediante la selección natural. El gran atractivo de esta tesis en una época de predominio del pensamiento conservador es que sostiene que si el orden social es producto del genotipo humano, y si el orden actual es adaptativamente óptimo, entonces, no hay aspectos cruciales de la sociedad que puedan ser significativamente modificados.

La pretensión de que la pobreza está determinada biológicamente, no se ha difundido aún en Venezuela. Por el contrario, se ha dedicado un gran esfuerzo a diseminar el concepto de que el combate a la pobreza, que sería un efecto de ajustes macroeconómicos, debe realizarse mediante una batería de nuevas políticas sociales compensatorias que marchan paralelas a la política social tradicional. No obstante, el influyente escritor Arturo Uslar Pietri²⁸ ha expresado recientemente la opinión de que es hora de revisar las políticas sociales en "los países democráticos o pretendidamente democráticos" (suponemos que incluye a Venezuela en una de estas dos categorías) y que esta revisión debe hacerse en oposición al principio de que el Estado debe proteger directamente el "bienestar de los ciudadanos, desde la cuna hasta la tumba, en todos los aspectos de la vida colectiva". El escritor sostiene que, estas políticas desquician el gasto público, crean una clase de subsidiados y pensionados que no tienen interés en salir de esa condición y, peor aún, no reducen la pobreza. También hace suya la opinión del republicano Newt Gingrich, de que "nunca tanta gente ha sufrido tanto en manos de la compasión del Gobierno" y la de que es necesario reformar el Estado de Bienestar porque "lo que estamos haciendo con los pobres de América es inmoral". Es temprano aún para saber qué influencia tendrán estas concepciones en Venezuela, pero no puede descartarse por completo que, a mediano plazo surja una versión vernácula de la culpabilización de la víctima.

7. Resurge el enfoque etnográfico de la pobreza: el rescate del sujeto

A finales de los años ochenta y a lo largo de los noventa, se ha adoptado un enfoque cultural para acercarse a la pobreza. Dicho enfoque, que corre históricamente paralelo al de la sociobiología, se enfrenta a ésta de manera radical al partir de la premisa de que la pobreza tiene una raíz ambiental y no genética. El movimiento general hacia la culturalidad, se resume dentro de lo que podemos llamar el rescate del sujeto (Rosaldo, 1991) y tiene su origen en la contracultura de los años sesenta que luchó por llenar las aspiraciones y demandas de grupos considerados marginales por la cultural oficial. El vuelco teórico comienza en las universidades de California, donde sociólogos como Garfinkel, Cicourel y un amplio círculo de sus seguidores, irrumpen con la propuesta etnometodológica y la teoría del etiquetamiento (Coulon, 1988). Por su lado, Goffman toma de la psicología social el llamado interaccionismo simbó-

²⁸Pietri, A.U. "Hacia una nueva política social" *El Nacional*. 10 Diciembre 1995.

lico y lo lleva al campo sociológico donde se ha aplicado con mucha asiduidad durante más de veinte años. También los antropólogos reaccionan ante la coyuntura. Esta reacción asume la crítica a la descripción antropológica clásica y es liderizada por figuras centrales como Clifford Geerts (1983).²⁹

Aunque los enfoques aludidos muestran diferencias entre sí, todos comparten suficientes elementos en sus postulados epistemológicos como para incluirlos en un mismo paradigma que ha sido denominado de maneras muy diversas: paradigma del sujeto, paradigma sinóptico, individualismo metodológico y otras. No podemos detenernos aquí a presentar las características generales del paradigma, pero uno de sus elementos centrales es el abandono de explicaciones causales de los hechos sociales en favor de una aproximación a la conducta humana en relación al significado que tiene para los actores. El empleo de técnicas etnográficas de investigación es muy propia del paradigma, pues éstas resultan compatibles cuando la atención se desplaza de leyes explicativas generales hacia el tratamiento de casos y aspectos más puntuales de la realidad.

La centralidad que ocupa el estudio de grupos subalternos en el paradigma sinóptico, llevó a algunos de sus adherentes a preocuparse por el problema de la pobreza. Dichos investigadores han sugerido que una gran parte de los estudios sociológicos sobre el tema, eliminan las emociones y asumen la posición del observador indiferente o neutral. El análisis social, dicen, debe tomar en consideración que sus objetos de estudio, en este caso hombres, mujeres y niños sometidos a marcadas privaciones, son sujetos que analizan e interrogan en forma crítica a los investigadores, sus políticas y sus opiniones.

La traducción de otras culturas, la de la pobreza en este caso, sostienen, impone la necesidad de comprender esta forma de vida en sus propios términos. También sostienen que no se debe imponer categorías objetivas en la vida de otras personas porque quizá no se apliquen a éstas, o al menos esto no debe hacerse sin realizar una revisión al respecto. Se plantea que hay que romper con el axioma de corte positivista, de que los sujetos de estudio están tan comprometidos en el flujo diario de sucesos, que resultan ser narradores poco confiables. O puesto en otras palabras, que los actores sociales no conocen las circunstancias bajo las cuales actúan ni están capacitados para adelantarse a las consecuencias de sus actos. Por el contrario se propone, que los actores sociales no son idiotas culturales y que los desposeídos están en posibilidad de articular sus propios resentimientos y aspiraciones. Rosaldo (1991) sostiene a este respecto, que a menudo la gente subordinada (no sólo los pobres, también las minorías raciales o étnicas) evade el discurso literal directo o simplemente

²⁹ Ver especialmente el ensayo "Blurred Gendres: The Refiguration of Social Thought in Geerts C. *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*. Basic Books New York. 1983.

no puede hablar con franqueza, adoptando entonces modos de expresión verbal más oblicuos, con doble significado, metáforas, ironía y humor.

En nuestra obra sobre la sociología de las profesiones (De Venanzi, 1990), nos referimos a los problemas que enfrentan los sociólogos empleados al servicio de la administración estatal cuando formulan recomendaciones sobre política social. Uno de ellos concierne al hecho de que, con frecuencia, la población investigada posee expectativas, intereses y necesidades que difieren mucho de las propuestas de intervención diseñadas por funcionarios gubernamentales. El conflicto puede tomarse tan agudo como para transformarse en un dilema ético, lo que es frecuente cuando las propuestas gubernamentales chocan de alguna manera con la cultura y los valores de los pobladores. Lo que queda claro es que, la relación profesional-cliente en la sociología que se ejerce en el ámbito del Estado, presenta complicaciones de difícil resolución que se ven acentuadas por la tendencia del interventor a imponer sus criterios porque estima que éstos se fundamentan en sólidos criterios técnicos.

Según los adherentes del paradigma del sujeto, no hay que dejar desapercibido el hecho de que gran parte del discurso sobre la pobreza gira alrededor del tema del potencial y la capacidad que ella tiene para producir inestabilidad política y desintegración social (ello implica, además, que existe una teorización sólida acerca de bajo qué condiciones puede producirse un colapso sociocultural), cuando de lo que se trata es de definir el cuadro de la pobreza para comprenderlo y actuar con tino en la definición de los medios requeridos para la elevación socioeconómica de grandes masas de población sujetas a condiciones deplorables de vida.

En esta construcción del cuadro de la pobreza, el interés por el estudio de la vida cotidiana y los modos de vida, ha logrado mucha difusión y creemos que resultado bastante fructífero. Es un acercamiento que salió a la luz para contrarrestar la tendencia que fija una separación tajante entre sujeto y objeto en la investigación, y que pretende ir hacia una recuperación del sentido de la acción tal como éste es determinado por la definición de la situación que sostienen quienes participan en ella. La corriente desprecia el objetivismo radical que aborda los hechos sociales desde una óptica durkheimiana; es decir, como si fuesen cosas. Lo que se busca ahora, por el contrario, es entender los hechos sociales —y la pobreza es uno de ellos—, como realizaciones prácticas, llevadas a cabo por individuos socialmente situados. Dichas prácticas, se originan en fenómenos de carácter estructural atinentes al sistema político, productivo y en general al modelo de desarrollo económico social y político, pero encuentran una expresión muy singular en la práctica social por cuanto la acción se sitúa socialmente y puede verse como la suma de los medios y las tecnologías que los actores tienen a su disposición en el transcurso de su vida cotidiana (Giddens, 1976).

Cabe observar que, el emergente concepto de *Modo de Vida* no es sinónimo de *Calidad de Vida*, pues éste último se reduce al conjunto de indicadores estadísticos frecuentemente utilizados para caracterizar la situación socioeconómica de una comunidad. Por el contrario, lo esencial del *Modo de Vida* es que este se enraíza en la experiencia concreta de la gente, es decir: en las relaciones sociales que entablan con familiares, vecinos, amigos, empleadores, y otros sujetos. También ha encontrado mucho uso entre los estudiosos de la relación cultura-sociedad, quienes la ven como la suma de todas las prácticas y expresiones (materiales y/o simbólicas) que pueden reconocerse en los grupos estudiados.

En su empleo para el estudio de la pobreza, el modo de vida es una herramienta muy potente para poner al descubierto la naturaleza de las relaciones sociales que los individuos entablan en el seno del hogar, conocimiento que es fundamental en virtud de que la mayor parte de las políticas de intervención están pensadas para esa unidad y suponen respuestas positivas y efectos sensibilizadores de parte de sus miembros. Es a través de este tipo de investigación, cómo se ha llegado a determinar las estrategias de supervivencia de las familias y los hogares, revelando la realidad detrás de las cifras arrojadas por los métodos cuantitativos de medición de la pobreza. Adicionalmente a esto, se ha logrado establecer la dinámica del proceso de empobrecimiento de los hogares, que es de mucha ayuda para el diseño y puesta en práctica de políticas sociales bien fundamentadas y concebidas. Tortosa (1993) ha insistido en la importancia de revelar la lógica de dichos procesos de empobrecimiento porque es entendiéndolos que puede evitarse con más eficacia el crecimiento de la pobreza.

El renacimiento del método etnográfico ha renovado el interés por la "cultura de la pobreza" que Oscar Lewis exploró para establecer cómo se adaptan los pobres a su condición y la reproducen. No obstante, se ha intentado enriquecer el modelo, complementándolo, como lo veremos más abajo al revisar el trabajo de Harvey, con las condiciones estructurales que mantienen a los pobres en tal condición.

Entre los estudios contemporáneos de carácter etnográfico sobre las manifestaciones más agudas de la pobreza, destaca el de Snow y Anderson (1993). Estos autores se propusieron abordar el problema de los *homeless* en la ciudad de Austin, Texas, y lo hicieron contactándolos en los centros del Ejército de Salvación y a través de los registros administrativos de la policía de la ciudad. El estudio reconstruye la experiencia diaria de ser un *homeless*: la rutina de los individuos afectados, sus estrategias de sobrevivencia (vendiendo plasma, tomando pequeños trabajos diarios, recogiendo y vendiendo desechos reciclables, pidiendo dinero en las calles y otras). Además, se describe la interacción de éstos sujetos con las agencias de Estado, con la policía, los centros de ayuda y con el público. Uno de los hallazgos más interesantes del estudio es que, ser un *homeless* es, al contrario de lo que muchos piensan, una experiencia en extremo

dura para quienes tienen que vivirla. Otro hallazgo es que, dentro del grupo de los *homeless* existen diversos estratos formados por la manera en que éstos ingresaron a dicha condición. También hay diversidad en las estrategias de sobrevivencia que dependen del tiempo que los *homeless* llevan sin hogar. Es de interés para la teoría sociológica, la doble conexión estructural que los autores establecen al observar sistemáticamente el problema en cuestión. La primera conexión involucra el proceso de quedarse sin hogar. La segunda involucra la red social dentro de la cual se desenvuelve la experiencia de ser un *homeless*. El establecimiento de estas conexiones reta la representación de estos individuos como miembros de una infraclase (que vive al margen de la estructura social), a la que nos referimos en secciones anteriores de este trabajo.

Una segunda investigación que ilustra el resurgimiento del enfoque etnográfico en el estudio de la pobreza, es la de Sánchez (1991) sobre las pandillas juveniles. El autor empuja el enfoque etnográfico hasta sus extremos pues sobre un período de diez años, logró observar las actividades de 37 bandas juveniles (repartidas entre Los Angeles, Boston y Nueva York) participando activamente en algunas de ellas³⁰. El hallazgo más importante de la investigación es que las bandas juveniles están mucho mejor organizadas e integradas socialmente de lo que pensó la Escuela de Chicago. Por otro lado, se estableció que estas bandas están integradas también de manera muy efectiva con las comunidades donde actúan e incluso con las autoridades policiales y municipales. Según el autor, las pandillas mantienen procesos de negociación con las autoridades, mediante las cuales se establecen los límites de acción "aceptable" para cada parte.

En otro estudio, Scott (1991) ha dejado un interesante documento sobre la pobreza y la segregación racial en los EE.UU. La aplicación de entrevistas a profundidad a cuatro mujeres pobres de raza afroamericana, muestra cómo éstas enfrentan y sobreviven al racismo, al clasismo y al sexismo. La obra describe su niñez y adolescencia, y se interna en el proceso de cómo se convierten estas mujeres en esposas y madres. La tesis central del libro es que la imagen de "sobrevivientes" (incluso de heroínas frente a la adversidad) que tienen estas mujeres de sí mismas les lleva a internalizar la opresión y les impide tomar acciones dirigidas a una verdadera liberación. El problema es que las estrategias de sobrevivencia pueden convertirse en rutina y ser entonces apreciadas por la gente que las despliega como un logro de su tradición cultural y, como tal, algo que vale la pena ser mantenido.

Los estudios de comunidades pobres mediante la observación participante, también han arrojado interesantes conocimientos sobre las diversas dimensiones de la cultura de la pobreza. Harvey (1993) investigó la pobreza fuera de las regiones donde ésta encuentra su máxima concentración. Lo hizo en un poblado del medio-oeste norteamericano en una comunidad semiurbana predominante-

³⁰ Dice Sánchez que muchas veces tuvo que pasar ritos de iniciación para ganarse la confianza de los pandilleros.

mente blanca.³¹ Tomando el modelo de Oscar Lewis sobre la reproducción de la pobreza, sigue la experiencia de lo que ésta significa para un grupo de individuos en su vida cotidiana. El resultado final del estudio es la identificación de una cultura de la pobreza que consiste tanto de realidad concreta y objetiva que empuja y mantiene a los individuos en la pobreza, como de los mecanismos contruidos por los pobres para responder a la incertidumbre económica.

Hay un punto algo tenue pero reconocible, donde la sociología latinoamericana se entronca con estos estudios socioculturales al asumir una postura antiobjetivista en el estudio de la pobreza. Nos referimos al libro de Mires, *El discurso de la pobreza o la crisis de la sociología en América Latina*. (1993). Mires sostiene que, conceptos como el de marginalidad e informalidad fueron el producto de una búsqueda infructuosa, por parte de los sociólogos latinoamericanos, de agentes que promovieran la transformación política y social. Esta búsqueda, dice, estuvo íntimamente ligada a la Teoría del Desarrollo (a la cual aportó una cierta continuidad a pesar de sus evidentes fracasos) que constantemente se preocupaba de asignar los roles que debían asumir los distintos sectores sociales frente a la misión histórica de promover el cambio a través de la industrialización. Al fracasar la movilización obrera como instrumento central de dicho cambio, y también la movilización del trabajador rural, los sociólogos habrían buscado sus agentes históricos en sectores que parecían externos al proceso de cambio mismo. Surge así, en nuestro criterio, una versión especial de la infraclase, porque los marginales quedan fuera de las leyes del desarrollo: estos son, según Mires, un grupo que no sólo se halla al final de la escala social sino que, no pertenece ni a la clase baja ni a la sociedad global, es decir se halla fuera de la escala social por completo. En estas condiciones, la articulación de los marginales queda a cargo del Estado que debe ocuparse de ellos para evitar el peligro de su posible estallido, o se constituye en un nuevo proletariado o masa disfuncional al capitalismo que según los marxistas latinoamericanos, realizaría la revolución. Con los informales, dice Mires, ocurrió algo similar. Estos trabajadores por cuenta propia que se supone eran ajenos al proceso económico modernizador, se convirtieron gracias a la sociología en un pujante sector empresarial al que debía prestarse apoyo (gerencial, crediticio, servicios) para impulsar el crecimiento económico.

Dice Mires con respecto al tratamiento a los pobres:

En el presente se les ha marginalizado primero, informalizado después. Algún día, sin embargo, habrá que fundar una teoría social de los actores no privilegiados, de los que perdieron, de aquellas que siguen, a pesar de todo existiendo y que, para cumplir la única función que les ha asignado "la historia", luchan, se organizan, o simplemente mueren sin

³¹ Para un estudio similar de la pobreza en el medio rural ver Barlett.P. *American Dreams, Rural Realities: Family Farms in Crisis*. University of North Carolina Press. 1993.

opción, sin destino, fuera del desarrollo y de la sociedad (Mires, 1993, 118).

La propuesta que puede entresacarse del texto de Mires, es que a los pobres hay que dejarlos tranquilos, que hay que abandonar la visión que se tiene de ellos como "pueblo imbécil" o "idiotas culturales" y permitirles desarrollar sus genuinas potencialidades de integración a la sociedad que, a su juicio, han resultado ser más exitosas que aquellas abstracciones inventadas por los sociólogos para redimirlos de la miseria.

A su vez, propone la relectura de las obras de O. Lewis, para aprender a acercarse a los pobres en sus propios términos. En relación con esto, dice el autor:

No sería mala idea, por ejemplo, releer antiguos trabajos, algunos de ellos desechados por el cientismo oficial, como poco "científicos". Las descripciones de Oscar Lewis por ejemplo, a mi entender importantísimas, contienen valiosas informaciones para intentar la reconstitución de aquella realidad representada por el mundo de la pobreza. Lewis es, por cierto, el típico antropólogo norteamericano que observa al "otro" desde la perspectiva del "propio," y sus deducciones son a veces injustas y hasta discriminatorias con respecto a los personajes observados... Pero, por otra parte, Lewis casi nunca cae en la tentación de superponer proyectos e ideologías a las personas que describe; no hay en su trabajo el más leve asomo de idealización. Pero pese, y quizás gracias a que sus personajes aparecen desprovistos de una historicidad preconditionante, es posible entenderlos como lo que efectivamente son: seres humanos que en complejos procesos de supervivencia crean relaciones de producción, de reproducción, e incluso culturales (Mires, 1993, 120).

Conclusiones

Hemos visto a lo largo de la presente exposición, que el pensamiento sociológico se ha mostrado muy rico y diverso, cuando se ha enfrentado al tema de la pobreza. En cada período del desarrollo de la disciplina ha aparecido un enfoque de gran originalidad, y de largo alcance que explora simultáneamente las causas del fenómeno y las posibles consecuencias de las distintas estrategias que se proponen para remediarlo.

La mencionada riqueza y variedad contrasta, sin embargo, con los modelos actuales que tratan la pobreza de manera aislada, como si esta simplemente fuese producto circunstancial de una coyuntura histórica, como la que atraviesan los países latinoamericanos, Venezuela incluida. También, como una condición que puede superarse por medio de la provisión gratuita de ciertos bienes y servicios básicos. En cuanto a la investigación que se deriva de esta perspectiva tomada de los organismos multilaterales que financian planes

económicos y sociales, es eminentemente cuantitativa: determinar el número de población que vive en pobreza, focalizar dicha población y seguir la evolución de los indicadores socioeconómicos relevantes.

No obstante, hay un peligro implícito en las interpretaciones sujeto-céntricas de la pobreza, que expusimos en la última sección de este Ensayo. El peligro es que, en su afán por enfrentar el reduccionismo (y objetivismo) de enfoques como el de la sociobiología, estas posturas pueden caer presas de otro reduccionismo, esta vez cultural, dentro del cual los pobres aparecen simplemente como seres que tienen éxito (o no lo tienen) en la tarea de perfeccionar diversas estrategias de sobrevivencia para enfrentar su condición. Es aquí, donde la tradición clásica del pensamiento sociológico, puede ayudar a redefinir el camino que lleva a la comprensión cabal del problema que nos ocupa, ubicándolo como aspecto relevante de la estructura social,

En efecto, entender la pobreza dentro del sistema de clases, como parte del sistema de producción y distribución de la riqueza, y asociarla a las decisiones estatales concernientes a las políticas tributarias y las pugnas por la distribución del gasto público y social (De Venanzi, 1996) parece ser un paso necesario para superar (y también enriquecer) el modelo cuantitativista y economicista que hoy prevalece.

Bibliografía

- Barber.B. (1964), *La estratificación social*, F.C.E. México.
- Barlett.P.(1993), *American Dreams, Rural Realities: Family Farms in Crisis*, University of North Carolina Press.
- Bell.D. (1960), *The End of Ideology*, Glencoe. Free Press.
- Bendix.R. y Lipset.S.M. (1953), *Class, Status and Power*, Glencoe Press.
- Bendix.R. (1979), *Max Weber. Un retrato intelectual*. Amorrotu.
- Blau.P.(Coord.) (1976), *Approaches to the Study of Social Structure*, Open Books,London.
- Broom.L. (1966) "Social Differentiation and Stratificación" en Merton.R. et al *Sociology Today*, Basic Books. New York.
- Burham. J. (1953). *Los maquiavelistas. Defensores de la libertad*, Emecé Editores, Buenos Aires.
- Bury. J. (1971), *La idea del progreso* Alianza.Madrid.
- Cohen.A. (1960) "The Study of Social Disorganization and Deviant Behaviour" en Merton. R et al. (Coords). *Sociology Today*, Basic Books. New York.
- Comto.A. (1958), *Discurso sobre el espíritu positivo*. Aguilar. Buenos Aires.
- Coser.L (1961), En *Las funciones del conflicto social*. F.C.E. México.
- Coulon. A. (1988), *La etnometodología*. Ediciones Cátedra Madrid.
- De Venanzi, .A. (1990), *La sociología de las profesiones y la sociología como profesión* C.D.C.H. Universidad Central de Venezuela.
- De Venanzi.A. (1996). "Gasto público, gasto social y tributación en Venezuela" *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. No.1.
- Durkheim.E. (1967), *Socialism* Collier Books. New York.
- Durkheim.E. (1969), *The Division of Labour in Society* Free Press. New York.
- Engels.F (1976), *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Akal.Madrid.
- Fletcher.R. (1972).*The Making of Sociology*. Nelson's University Paperbacks.
- Galbraith.J.K. (1958), *The Affluent Society* Houghton Mifflin. Boston.

- Geerts C. (1983), *Local Knowledge : Further Essays in Interpretive Anthropology*. Basic Books. New York.
- Giddens.A. (1976), *New Rules of Sociological Method*. Hutchinson University Press. London.
- Goffman .E. (1974), *Frame Analysis*. Penguin Books.
- Goldthorpe.J. et al. (1968), *The Affluent Worker in the Class Structure*, Cambridge University Press.
- González.D. 1989. *Industria, estado y sociedad* Eural/Nueva .
- Gouldner.A. "El minotauro: el mito de una sociología libre de valores" en Horowitz .I.(Coord) *La nueva sociología*. Amorrortu. 1969.
- Gouldner.A. (1979), *La crisis de la sociología occidental* Amorrortu.
- Herrnstein.R. (1971), *IQ in the Meritocracy*. Brown Little. Boston.
- Horowitz.I. (Coord). (1969), *La nueva sociología*. Amorrortu.
- Jensen.A. (1969) "How Much Can we Boost IQ and Scholastic Achievement?" *Harvard Educational Review* Vol.39.
- Kahn.A. y Wiener. A. (1967), *The Year 2000* MacMillan. New York.
- Katz.M. (1993), *The Underclass Debate: Views from History*. Princeton Uni. Press.
- Lewontin.R. et al. (1991), *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*. Grijalbo. México.
- Lipset.S.M. (1960) "Political Sociology" en Merton .R. et al *Sociology Today*. Basic Books New York.
- Lipset.S.M. (1960), *Political Man*. Double Day .New York.
- Mark.H y Ervin.F.(1970) *Violence and the Brain* Harper Row, New York.
- Massey.D y Denton.A. (1993), *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass*. Harvard University. Press.
- Mchale. J. (1969), *The Future of the Future* G.Braziller. New York.
- Merton.R.(1960) *Sociology Today* Basic Books, New York.
- Merton.R. (1980), *Teoría y estructura sociales*. F.C.E. México.
- Mill.J.S. (1954), *Sobre la libertad* Aguilar. Buenos Aires.
- Miller.S.M. "Pobreza, raza y política" en Horowitz.I. (Coord) (1969) *La nueva sociología* Amorrortu.
- Mills.C.W. (1951), *White Collar : The American Middle Classes*. Oxford University Press. New York .
- Mills.C.W. (1957), *The Power Elite* . Oxford University Press.
- Mills.C.W. (1960), *Listen Yankee.The Revolution in Cuba*. Ballantine Books.
- Mires.F. (1993), *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*. Nueva Sociedad.
- Muller.J. (1966), *Freedom in the Modern World* . Harper and Row. New York.
- Murray.C y Herrnstein.R. (1994) *The Bell Curve*. Collier.
- Myrdal.G. (1965), *Challenge to Affluence*. Vintage Books. New York.
- Packard.V. (1962) *The Status Seekers* Cardinal, New York.
- Pareto.V. " Elites, Force and Governments" en Wright Mills .C.(Coord) (1960) *Images of Man. The Classic Tradition in Sociological Thinking* George Brazillier New York.
- Park.R "Cultural Conflict and the Marginal Man" en Parsons.T.et al (Coords) (1961) *Theories of Society*. The Free Press.
- Parsons.T. (1968). *The Structure of Social Action* Free Press. New York.
- Péguy.C. (1943). *Basic Verities* Pantheon Books.
- Riesman.D. (1962). *The Lonely Crowd .A Study of the Changing American Character*. Yale University Press.
- Riesman.D. (1964), *Abundance for What?* Doubleday. New York.
- Ropers.R.H. (1991), *Persistent Poverty : The American Dream Turned Nightmare*. Plenum Press,
- Rosaldo.R. (1991), *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social* Grijalbo. México.
- Runciman.W.G. (1966) *Relative Deprivation and Social Justice*. Penguin Books.
- Ryan.W. (1971), *Blaming the Victim*. Pantheon Books. New York.
- Sánchez.M. (1991), *Islands in the Street: Gangs and American Urban Society*. University of California Press.
- Scott.K. (1991), *The Habit of Surviving . Black Women's Strategies for Life*. Rutgers University Press.
- Shils.E. (1961) "The Calling of Sociology" en Parsons.T. et al (Coords) *Theories of Society* . The Free Press.
- Snow.A. y Anderson.L. (1993), *Down on their Luck: A Study of Homeless Street People* University of California Press.

- Spencer.H. (1953), *El hombre contra el Estado* Aguilar. Buenos Aires.
- Sykes.G.(Coord) (1964), *Alienation. The Cultural Címeto of Our Time*. George Braziller. New York.
- Thrasher.F. (1961). "Social Patterns and the Gang " en Parsons.T.et al (coods) *Theories of Society*. The Free Press.
- Tortosa.J. (1993), *La pobreza capitalista* Tecnos. Madrid.
- Veblen.T. "Status and Discontent " en Mills.W.C.(Coord) (1960) *Images of Man* George Braziller. Nueva York.
- Weber.M. (1964), *The Theory of Social and Economic Organization*. Free Press.
- Weber.M. (1975), *Economía y Sociedad* F.C.E. México.
- Whyte. F.W. (1993), *Street Corner Society* University of Chicago Press.